10492

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA SUPERFICIE DEL MAR,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ HERRANZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1882.

9

Segunda Adicion al Catálogo de 1.° de Enero de 1880.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería
2	1	Á media noche—j. o. p.....	1	D.ª Camila Calderon....	Todo
12	3	¡Á perro chico!—s. o. v.....	1	D. Tomás Luceño.....	»
		Camino de Ceuta.....	1	Francisco Macarro ..	»
		Cecilio.....	1	Julio Ruiz.....	»
4	»	Cuestiones de gabinete.....	1	Pedro Escamilla....	»
3	2	Cuestion de táctica—c. o. v..	1	F. Flores García....	»
3	3	De confianza—j. o. v.....	1	José Estremera.....	»
		Doblete, recodo y palos.....	1	Francisco Macarro...	»
1	2	Doña Josefa—j. o. p,.....	1	Joaquin Valverde....	»
2	3	El juicio de Salomon—c. o. p..	1	J. Moreno Castelló..	»
7	5	El melon del diputado.....	1	Eloy Perillan y Buxó.	»
4	2	El nacimiento de Tirso-d. o. v.	1	F. Flores García.....	»
4	2	El 1.° de Enero—c. o. v.....	1	F. Flores Garcia....	»
2	2	En el pecado...—p. o v.	1	Juan M. Eguilaz....	»
4	2	El tio Petardo—j. o. p.....	1	Juan M. Eguilaz. ...	»
4	2	Escuela de medicina—j. o. v..	1	José Estremera.....	»
4	2	Esta y no más—j. o. v.....	1	Ramon de Marsal....	»
2	2	Galeotito, parodia—o. v.....	1	F. Flores García....	»
3	1	La curda (parodia)—o. v.....	1	Juan M. Eguilaz.....	»
3	3	La herencia del abuelo-c. o. v.	1	F. Flores García....	»
5	1	La más preciada riqueza-c. o. v.	1	F. Flores García....	»
4	1	La mina de oro—d. o. v.....	1	Pedro Marquina.....	»
»	1	La última carta, *monólogo*-o. v.	1	F. Flores Grcía.....	»
3	4	Libre y sin costas—j. o. p....	1	M. Pina Dominguez.	»
5	2	Los verderones—j. o. p.....	1	Sres. Schez. Castilla y G. de Cádiz.....	»
3	2	Los vidrios rotos —c. o. p.....	1	F. Flores García.....	»
		Moda elegante.....	1	Francisco Macarro...	»
3	2	Receta contra los nervios-j. o v	1	J. M. Castelló.....	»
2	3	Seguidillas—j. o. p.....	1	E. Sanchez Castilla..	»
		Se necesita un marido-j. o. v.	1	Pascual de Alba.....	»
		Un domingo en el Rastro.....	1	Tomás Luceño.....	»
2	2	¡Vencí!—c. o. p.....	1	J. Mota Gonzalez....	»
		Vots son triunfos.....	1	Eduardo Aulés.....	»
8	4	De Cádiz al Puerto.—c. o. p..	2	Flores Garc.ª y Romea	»
6	3	Dicha y fortuna—c. o. v.....	2	Luis Oneca.....	»
6	»	El corazon de un amigo-c. o. p	2	Manuel Ramos.....	»
3	4	La madre de la criatura-c. o. v	2	F. Flores García.....	»
3	3	Navegará todos vientos-c. o. v.	2	F. Flores García....	»
5	3	Parientes lejanos—j. o. v.....	2	Vital Aza.....	»
2	2	Tomasica—c. o. v.....	3	José Estremera.....	»
3	4	Consuelo—c. o. v.....	3	Adelardo L. Ayala...	»
7	3	El alcalde de Zalamea—c. r. v.	3	Adelardo L. Ayala...	»
4	2	El nuevo D. Juan—c. o. v.....	3	Adelardo L. Ayala...	»
6	3	El tanto por ciento—c. o. v...	3	Adelardo L. Ayala..	»
7	3	El tejado de vidrio—c. o. v...	3	Adelardo L. Ayala...	»
4	3	En busca de un corazon-c. o. v	3	Luís Oneca.....	

LA SUPERFICIE DEL MAR.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lasuperficiedelm2619herr

LA SUPERFICIE DEL MAR.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ HERRANZ.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 29 de Diciembre de 1861.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES	ACTORES.
MARÍA	D.ª ANTONIA CONTRERAS.
JOSEFA	RITA REVILLA.
FERNANDO	D. RAFAEL CALVO.
MANUEL	DONATO JIMENEZ.
RICARDO	RICARDO CALVO.
PEREZ	MARIANO FERNANDEZ.
UN CRIADO	N. RIBELLES.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala de confianza con cinco huecos distribuidos de la siguiente manera: puerta al foro, balcon y puerta en primero y segundo término derecha, y dos puertas á la izquierda. Los muebles deben ser más cómodos que lujosos. Se utilizan en la representacion un confidente colocado á la derecha, una mesita situada á la izquierda, dos sillas puestas á los lados de la mesa; un zigzag colocado en el centro de la escena de forma que una de sus butacas se halle de frente y la otra de espaldas al público: entredoses ó consolas en el foro con cacharros, de diferentes formas, para flores.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA y JOSEFA. Entrán como de la calle con la mantilla puesta y el devocionario en la mano; la última trae ademas un manojo de flores.

MARIA. ¡Ay! ¡Qué fatigada vengo!
JOSEFA. Si es tan corta la escalera!...
MARIA. Pues ¿qué quieres? yo me canso.
JOSEFA. Pues mira, yo no; y soy vieja.
¿No te quitas la mantilla?
MARIA. Voy al momento... (Se sienta en el confidente)
JOSEFA. ¡Y se sienta!

669184

No hay motivo para tanto...
Hemos ido á cuatro tiendas,
más tarde á las Calatravas,
y despues á la Carrera
para comprar estas flores.

MARIA. Si sabes que no estoy buena.

JOSEFA. ¿No has de estar? Aun cuando digan
que tienes... tienes...

MARIA. Anémia.

JOSEFA. Eso es: estos nombres nuevos
se me agarran á la lengua.
Pues si estuvieras tú mala
estaría yo tan fresca...
Cuando tu madre nació
entré yo aquí de niñera
y te quiero casi casi
como si fuese tu abuela.
He preguntado ya al médico
y me ha dicho que no tema,
que en cuanto mudes de vida
desecharás tus tristezas:
tu imaginacion entónces
se ocupará en cosas serias,
y cambiarás por completo
al emprender vida nueva;
y como eso nos hallamos
á punto de que suceda,
á vivir y á ver si pronto
acurruco á la biznieta.

MARIA. Calla.

JOSEFA. Pero aguarda un rato:
ahora que caigo en la cuenta,
tu cansancio es la fatiga
que produce una rabieta.

MARIA. Estás soñando!

JOSEFA. Esperabas
ver al vizconde en la iglesia,
y como no estuvo en misa...

MARIA. ¿Qué importa? Tengo evidencia
de que le ha sido imposible...

JOSEFA. Bien sales á su defensa.

MARIA. ¿Cómo temes que pudiendo

encontrarme no viniera?

JOSEFA. Pero ¿á qué te ha disgustado
su falta?

MARIA. Eso ¿quién lo niega?

JOSEFA. Agrada al pasar las hojas
de la misa que se reza
dirigir al hombre amado
miradas de inteligencia.

MARIA. Qué observaciones has hecho!

JOSEFA. Pero en las niñas agenas;
(Señalando á los ojos.)
por mí no he tenido nunca
quebraderos de cabeza:
muy juiciosa y paso á paso
he ido haciendo mi carrera:
entré á servir de criada,
ascendí luégo á doncella,
fuí despues ama de llaves,
y soy por fin una *dueña*
como esas de toca y manto
que he visto en muchas comedias.

MARIA. No, Josefa, eres mi amiga.

JOSEFA. Tanto no.

MARIA. Mi compañera:
la que escucha de mis labios
las amantes confidencias,
la que me nombra á mi madre,
que descansa bajo tierra...

JOSEFA. Y la que quiere que hablemos
siempre de cosas risueñas.

MARIA. Hay una razon que explica
mi cariñosa franqueza:
no es raro que te consulte
ni que en mi vida intervengas
si en el amor de mis padres
tambien fuiste medianera.

JOSEFA. ¡Yo nunca!

MARIA. (Se levanta del confidente y se acerca á Josefa.)
¿Te has enojado?

JOSEFA. No, María. (Visiblemente turbada.)

MARIA. Habla, Josefa.

JOSEFA. Tan sólo quise decirte

que don Manuel de Altarena,
tu padre, fué de esos novios
que las familias aceptan
sin que...

MARIA. Cualquiera pensara
que á mi novio le desprecia
mi padre.

JOSEFA. Ya ves, María,
que digo muchas simplezas.

MARIA. No.

JOSEFA. Sí, muchas.
(Fijándose en la puerta del fondo.)
¡El vizconde!

MARIA. (Con mucha animacion acercándose á Ricardo.)
¡Si es bueno!

JOSEFA. Ya no hay dolencias:
luégo dirán que mi niña
no tiene sangre en las venas.

ESCENA II.

MARÍA, JOSEFA y RICARDO.

MARIA. Yo debiera hablarte adusta
porque no has venido á misa.

RIC. Y me acoges con sonrisa
para no pecar de injusta.

MARIA. Tú ya tendrás estudiada
una mentirilla...

RIC. Puede.

MARIA. Para lograr que me quede
agradecida y burlada.

RIC. Fuera una leve maldad,
pero tú y yo no mentimos:
en este amor que sentimos
resplandece la verdad.

JOSEFA. Buenos dias.

RIC. ¡Ah! La ruego
que dispense...

JOSEFA. No hay de qué.

RIC. Nada, que no he visto á usté.

JOSEFA. Como que el amor es ciego.

Vamos, tome usté una silla
y háblela usté, que se enoja...
(María y Ricardo se sientan junto á la mesa.)

MARIA. Yo, no...

JOSEFA. Doblemos la hoja;
quiero decir, la mantilla.

MARIA. Esperando estoy...

RIC. ¿Qué esperas?

MARIA. Que indiques... así. . de paso,
la causa de tu retraso.

JOSEFA. (Esta sí que ama de veras!)
(Josefa, lejos de los enamorados, colocará caprichosamente las flores que trajo de la calle.)

RIC. Desecharás tu temor
con mi respuesta sencilla:
ha llegado de Sevilla
mi nuevo administrador.
En mi casa los dos juntos,
viendo papeles revueltos,
hemos dejado resueltos
mis embrollados asuntos.
Un momento de impaciencia,
tan corta separacion,
determina nuestra union
para toda la existencia.
Decir á tu padre espero,
sin que pase ya de hoy,
esto tengo y este soy:
(Señalando al corazon.)
esto ofrezco y esta quiero.
(Cogiendo la mano de María)

MARIA. Siento un placer tan extraño...
satisfaccion, ansiedad...

RIC. Y yo.

MARIA. La felicidad,
cuando es tan grande. hace daño.

RIC. ¿Te ha gustado la invencion?
Miento con bastante aplomo.

MARIA. (Muy cariñosa.) ¡Vengativo!... Pero cómo
me palpita el corazon!

RIC. Es que el amor se desborda
porque no nos cabe aquí.

MARIA. Josefa ¿qué haces ahí?
JOSEFA. Me estoy haciendo la sorda.
MARIA. Quisiera que el mundo entero
compartiese la alegría
que sentimos.
JOSEFA. Yo, María,
traigo el regalo primero.
(Ha cogido dos flores de las que estaba colocando en diferentes cacharros y se las entrega á María y Ricardo.)
MARIA. Bien. (Poniéndose la flor en el pecho.)
RIC. Gracias. (Colocándosela en el ojal.)
JOSEFA. Mi enhorabuena.
RIC. Hoy miro yo con amor
hasta á mi administrador.
JOSEFA. Volvamos á la faena.
RIC. Huérfano desde muy niño,
fuí de unas en otras manos...
y este hombre, de instintos sanos,
me salvó con su cariño.
Afirma que ya se cobra,
sin las eventuales rentas,
una suma...
MARIA. No hagas cuentas:
contigo todo me sobra.
RIC. Como mis padres murieron
sin testar, entre tutores,
jueces y administradores
mi hacienda comprometieron.
Llegué á la mayor edad
y ví como la impericia,
el descuido y la codicia
maltrataron mi orfandad,
sin otras compensaciones
que darme rehabilitado
un título caducado
hará diez generaciones.
MARIA. Pero...
RIC. Mi tutor quería
ser suegro ademas, de modo
que arregló el título y todo
conforme le convenía.

MARIA. Él no contaba conmigo.
RIC. Ni con que hallara el *menor*
un nuevo administrador
en un noble y viejo amigo.
MARIA. ¡Si vieses cuánto me agrada
repasar así tu historia!
Mortifica tu memoria
para no callarme nada.
Háblame con detencion
de tus padres.
RIC. ¿Lo he de hacer?
MARIA. Yo los quiero conocer
siquiera por relacion.
RIC. Siempre mis frases desvío
de un asunto tan llorado:
mi padre, que era hombre honrado.
sucumbió en un desafío.
MARIA. ¡Jesús!
JOSEFA. (¡Libradnos del mal!)
RIC. Y aquel dolor hondo y fuerte
llevó á mi madre á la muerte.
MARIA. Su muerte fué natural.
Si te ocurriese algun dia
una desgracia tan fiera,
Ricardo, ¡Dios no lo quiera!
yo tambien me moriría.
RIC. No encontraré al matador
de mi padre!
JOSEFA. (Acercándose.) ¡Qué rencores!...
Diciendo están esas flores
«hoy sólo se habla de amor.»
RIC. Y estos amantes trofeos
me acaban de recordar
á quién me supo ayudar
á conseguir mis deseos.
(Ricardo y María se levantan.)
MARIA. ¿Tu administrador?
RIC. Que espera
en la calle.
MARIA. Y no ha subido?
JOSEFA. Se le habría recibido
mucho mejor que á cualquiera.

RIC. Volveré á pedir tu mano
á tu padre.
JOSEFA. Concedida.
MARIA. Adios.
JOSEFA. Vuelva usté en seguida...
porque hoy saldrán muy temprano:
hay concierto...
RIC. Pues es cierto:
zanjamos estos asuntos
y en seguida todos juntos...
MARIA. Buen programa de concierto.
(María ha acompañado á Ricardo hasta el foro, por donde se marcha.)

ESCENA III.

MARÍA y JOSEFA.

JOSEFA. ¡Mi niña! Dame un abrazo
en prenda de lo que pasa.
MARIA. No hay otra mujer en casa
que me estreche en su regazo.
JOSEFA. Siempre has de encontrar por cierto
algo que tu bien destruya.
MARIA. Pienso en mi madre, en la suya...
JOSEFA. Y en el vivo y en el muerto...
MARIA. Y tengo calor y frio,
satisfaciones y antojos.
y asoma el llanto á mis ojos
y al mismo tiempo sonrío.
JOSEFA. Llueve con sol.
MARIA. De seguro;
así es mi amante desvelo,
á un lado el azul del cielo
y al otro el nublado oscuro.
(Pausa.) Con un hombre extraño llega
mi padre á esta sala ¿ves?
Ya volveremos despues.
¿Estás sorda, muda y ciega?
JOSEFA. Ya voy. (No, yo no me engaño...)
(María ha salido de escena por la puerta del segun-

do término de la derecha. Josefa la sigue, pero deteniéndose y fijando la vista en los personajes que aún no se han presentado.)

¡Se admira de que me asombre!
¿Pero á qué vendrá este hombre?
¡Y ella le llama *un extraño*!

ESCENA IV.

FERNANDO y MANUEL.

FERN. ¿Es Josefa?
MAN. Debe ser.
FERN. Servidumbre, casa, todo
me lo encuentro...
MAN. De igual modo
que en vida de mi mujer:
yo nada renovaría
si á mis gustos me atuviera,
pero haremos lo que quiera,
cuando se case, María.
FERN. ¿Pero se quiere casar?
MAN. Tiene novio.
FERN. ¿Sí? ¿Quién es?
MAN. El vizconde de Grancés.
FERN. Nunca lo he oido nombrar.
(Se sienta en el confidente.)
MAN. ¿No? Pues de casa salía
al tiempo que hemos llegado.
FERN. ¿Ese que te ha saludado
diciendo que volvería?
MAN. Sí.
FERN. Tiene aire distinguido.
MAN. Es muy guapo y se presenta
muy bien: ahora me doy cuenta
de que teneis parecido.
FERN. Yo he perdido ya la hechura.
MAN. Te recuerdo en lontananza...
pero vuestra semejanza
se limita á la figura.
Es un muchacho prudente,
comedido como amante,

pertinaz más que constante
y juicioso en lo valiente.
Yo por mí no he conocido
nunca un carácter tan bello.

FERN. Como que él es todo aquello
que yo siento no haber sido!

MAN. ¿Pero tan mudado estás?

FERN. Tú que odiaste mis acciones
verás hoy mis confusiones
y no me conocerás.

MAN. Yo casi fuí el abrigo
de tus torpes mocedades.

FERN. Y yo pagué con maldades
tus atenciones de amigo.

MAN. ¡Con maldades!

FERN. Mi conciencia
me dice que opuse necio
á tu consejo el desprecio
y á tu amor mi indiferencia.

MAN. Hombre yo de corazon
quise del vicio salvarte
sin esperar de tu parte
ninguna compensacion.
Mayor que tú por edad,
y por juicio y por estado,
y con tus padres ligado
por recuerdos de bondad,
en la vida que emprendiste.
cuando eras áun casi un niño,
siempre hallaste mi cariño
tras de cualquier lance triste.

FERN. Si: tú me amparaste un dia,
que recuerdo con horror,
despues del lance de *honor*
que tuve en Andalucía.

MAN. Y otras mil veces que sabes.

FERN. ¡Que infamias he cometido!

MAN. Por más que nunca hayan sido
de consecuencias tan graves.

FERN. ¿Y no temiste al veneno
con que matarte podía
aquella víbora fria

que abrigabas en tu seno?

MAN. No hubiera amistosos lazos:
al olmo nunca le arredra
que pueda ahogarle la yedra
á que ha tendido sus brazos.

FERN. Siempre noble!

MAN. No hallarás
mudanza en mi proceder. (Pausa.)
¿Cuándo has regresado?

FERN. (Cómo quien está preocupado.) Ayer.

MAN. ¿Cuándo te marchas?

FERN. (Como quien vuelve en sí.) Jamás.

MAN. ¿Tras de una obstinada ausencia,
en que á Madrid solo has vuelto
una vez, estás resuelto
á fijar tu residencia?
¡Tú que has pasado la vida
como errante peregrino
desandas hoy el camino
hasta el punto de partida!

FERN. (Se levanta por aproximarse á Manuel.)
Muertas las locas pasiones
que turbaron mi razon,
y cerrado el corazon
para nuevas afecciones,
busco ya desengañado
quien me dé por caridad
restos de felicidad
de la que yo he derrochado,
y voy corriendo ciudades
y la vista en torno giro,
y por todos lados miro
extragos de mis maldades.
Así llorará su mal
el desbordado torrente
cuando vuelva la corriente
á su cauce natural.

MAN. No diré que no te sobre
razon: así lo quisiste.

FERN. Bien lo pago al verme triste,
solo, envejecido y pobre

MAN. Quien te quiso no te niega

los consuelos de un hermano.

FERN. Quisiera besar tu mano...

(Trata de hacerlo y Manuel no se lo consiente, abrazándole. Fernando dice aparte con verdadero sentimiento el verso que sigue)

(¡Pero la honradez es ciega!)

(El brigadier Perez entrará en escena por el foro á tiempo de ver el abrazo de Fernando y Manuel.)

ESCENA V.

FERNANDO, MANUEL y PEREZ.

PEREZ. He llegado en buen momento.

MAN. El señor es un amigo
que ha estado lejos de España
diez años.

PEREZ. Muy señor mio.

MAN. El brigadier Perez Sanchez,
don Fernando del Castillo.

PEREZ. ¡Castillo! Cuánto celebro!...

FERN. Y yo.

PEREZ. ¡Si es tan conocido!...
Este señor don Fernando
es el don Juan de este siglo.
Ya nos contará sus triunfos.

FERN. No los tengo. (Otro martirio.)

PEREZ. ¿Conque no? Señor Tenorio,
no se haga usted el chiquito:
en esta memoria mia,
que va ya siendo un archivo,
tiene usted muchas sumarias
de amores y desafíos.

FERN. No, no tantas.

MAN. ¡Brigadier!

PEREZ. Ni lugares ni apellidos
recuerdo, porque ya estoy
como al presente decimos,
chiflado, pero los hechos
los conservo siempre fijos.
Á ver ¿usted no ha gastado

quince millones y pico
recibidos en herencia
de abuelos padres y tios?
¡Brigadier!

PEREZ. Si lo que quiero
es que sepa que le estimo,
que conozco sus hazañas
y que las tengo al dedillo.

FERN. Se agradece.

PEREZ. ¿Usted recuerda
aquel lance no previsto
del esposo...

FERN. Recuerdo...
esos todos son lo mismo.

PEREZ. Pero como hoy los Tenorios
están por lo positivo
y no cogen pescadoras
en la red de sus hechizos,
ni arrebatan educandas
de los sagrados recintos,
ni consiguen por la fuerza
las novias de los amigos,
sólo cambian en la forma
los lances de amor ilícito,
y son siempre sus actores
mujer, amante y marido.

MAN. No siga usted recordando...

PEREZ. Si son pruebas de cariño:
conozco toda su vida
incluyendo el desafío
más horrible...

FERN. Señor Perez!

MAN. Le fatiga...

PEREZ. Ya no chisto.

MAN. Bien, Brigadier.

PEREZ. (Á Manuel.) No es el hombre
que yo había presumido.
(Á Fernando.) En fin, de todas maneras
puede usted contar conmigo,
y como tenga algun duelo
lléveme usted de padrino.

FERN. Gracias.

PEREZ. Tendré sumo gusto.
(Se sienta junto á la mesa.)
FERN. Mil gracias.
MAN. Es un bendito
con muchas rarezas. Vamos
¿qué ha salido hoy?
(Sentándose en la butaca de la izquierda más próxima á Perez.)
PEREZ. Un bautízo.
MAN. Siempre anda de fiesta en fiesta.
FERN. ¡Feliz! (Se sienta en el confidente.)
MAN. ¿De quién es el niño?
PEREZ. Pues esta contestacion
tambien es de compromiso. (Pausa.)
Hubo un tenor en París
muy guapo y muy distinguido
que cantaba como un ángel,
y produjo tal delirio
entre las mujeres todas
con sus delicados trinos,
que al reseñar sus conquistas
más tarde un músico crítico
estampó esta horrible frase
que yo, á su cargo, repito:
«Quien haya nacido en Francia
del treinta al cuarenta y cinco
no puede estar muy seguro
de llevar bien su apellido.»
FERN. (¡Qué enmienda!)
MAN. Y con ese cuento
qué tiene que ver el chico
á quien hoy han bautizado?
PEREZ. Existe aquí un don Juanito, (Á Fernando.)
ya no me refiero á usted,
que es del padre amigo íntimo
y, para el caso presente,
es el tenor consabido.
MAN. La malicia siempre ahondando
para descubrir delitos.
FERN. Siempre los que delinquieron
dando á la malicia indicios.
PEREZ. Y los engañados siempre

haciendo el papel ridículo.
¡Con qué entusiasmo el esposo
alzaba en alto el chiquillo,
diciendo á los concurrentes:
por fin he tenido un hijo!

FERN. Y lo tiene: el ofensor
continuará su camino
dejándole abandonado
ese bien desconocido.

MAN. Y engañado el noble esposo
amparará al angelito,
fruto inocente de un crímen
que suele no hallar castigo,
le sellará con un nombre
en herencia recibido,
protegiéndole en la cuna
le dará en su casa abrigo,
le enseñará cariñoso
de su religion los signos,
los primeros leves pasos
por él serán dirigidos,
con frutos de sus afanes
le colmará sus caprichos,
y encontrándose la vida
sembrada de beneficios,
lo que el uno ofrezca en dones
pagará el otro en cariño,
y serán mútuas las penas
y mútuos los regocijos,
y, al fin de tantos cuidados
y de tantos sacrificios,
aquel padre será el padre
y aquel hijo, será el hijo.

ESCENA VI.

FERNANDO, MANUEL, PEREZ y MARÍA, ésta saldrá precipitadamente por la misma puerta que se marchó y sin ver á Fernando, que se halla sentado en el confidente, se dirigirá á Manuel con toda la expansion que las palabras indican.

MARIA. Un abrazo y diez y ciento.

Papá, qué dichosa soy.

MAN. ¿Pero qué te pasa?

MARIA. Hoy
le quiero á usté muy contento.

MAN. Verte alegre es mi placer,
pero habla.

FERN. (Que se ha levantado al oir la voz de María.)
¡Qué hermosa está!

MARIA. (Sorprendida y confusa.)
Creí que se hallaba usté ya
sólo con el brigadier.

MAN. Hay otro amigo, María.

PEREZ. ¡Muy temible!
(Viendo un ademan de disgusto en Fernando.)
No se altere.

FERN. No comprendo por qué quiere
prevenirla en contra mia.

MAN. Puedes hablar sin temor.

PEREZ. (Á María.) Sí; con libertad entera.

FERN. Concédame usted siquiera
la amistad que á este señor.

PEREZ. Eso es ya mucho.

MAN. Responde:
¿qué te pasa?

FERN. Yo no insisto.

MARIA. El caso es que yo le he visto,
aunque no recuerdo dónde.
Pero va á juzgarme mal
al conocer que me ufano
porque se pide mi mano
hoy mismo.

FERN. ¡Es tan natural!

MAN. ¡Hija mia!

PEREZ. ¿Esas tenemos?

MAN. ¿Conque va á darse este paso?

MARIA. Risibles serán acaso
mis amorosos extremos.

FERN. ¿Risible el candor? Jamás.

PEREZ. Mi señora vizcondesa,
¿usted pondrá buena mesa?
¡tengo un cocinero más!

MAN. No turbe usted mi alegría

con un susto innecesario:
usted nos honra á diario,
pero la mesa es la mia;
que no aceptara esta union
con sonrisa placentera,
si esta union para mí fuera
olvido y separacion.
Te quiero á mí muy unida,
que en largo ó en corto plazo
he de apoyarme en tu brazo
(Se apoya como lo dice.)
para salir de la vida.

MARIA. La existencia es un espejo
donde se copia el cariño,
si el hombre sostuvo al niño
el niño sostiene al viejo.

MAN. Mi afecto ha sido fecundo.

MARIA. Lo que se dió se recobra.

PEREZ. (Viendo la intimidad con que les desatienden María y Manuel, dice á Fernando.)
Estamos aquí de sobra.

FERN. Yo estoy de sobra en el mundo.

ESCENA VII.

DICHOS y JOSEFA.

JOSEFA. El señor vizconde...

MAN (Sonriendo á María.) ¡Es él!

MARIA. ¿No entra aquí?

JOSEFA. En esta ocasion
le he conducido al salon
donde espera á don Manuel.

PEREZ. Es diplomática.

MAN. Voy. (Á Fernando.)
Que no te marches te advierto.
(Á Perez, que le da la mano despidiéndose.)
¿Y usted no viene al concierto?

PEREZ. Ántes de la hora aquí estoy.
(Manuel sale de escena por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

MARÍA, JOSEFA, FERNANDO y PEREZ.

JOSEFA. ¿Se va usted?
PEREZ. Para volver.
(Á Josefa y María.)
De ustedes no me despido.
(Á Fernando.)
Ya sabe usted que he tenido
un verdadero placer...
FERN. Gracias.
PEREZ. ¡Cuánta novedad!
¡Un bautizo, un casamiento,
y entablar conocimiento
con una celebridad!
JOSEFA. Por algo es dia de fiesta.
MARIA. ¿Un bautizo?
PEREZ. En San Ginés.
MARIA. ¿Y una boda!
PEREZ. Aquí.
MARIA. Despues.
PEREZ. La celebridad es esta.
(Señala á Fernando.)
FERN. Es bromista.
MARIA. No sabía...
PEREZ. Aun cuando se aspecto engaña...
(Hablando quedo con María se va acercando á la puerta del foro.)
JOSEFA. (Ap. á Fernando.)
¿Á qué viene usted á España?
FERN. (Ap. á Josefa, con los ojos puestos en María.)
Que no se aleje María.
JOSEFA. Oye.
PEREZ. (Ap. á María.) Es capaz de robar,
si á su historia corresponde,
la novia de algun vízconde
que se esté para casar.

ESCENA IX.

MARÍA, JOSEFA y FERNANDO.

JOSEFA. ¿Á dónde ibas?
MARIA. No lo sé.
JOSEFA. Derecha al salon.
MARIA. Acaso.
JOSEFA. Es muy pronto: estáte aquí
que ya irás dentro de un rato.
FERN. Le han hecho miedo conmigo
y se aparta de mi lado...
MARIA. No señor.
(Se sienta en la silla que hay junto á la mesa.)
FERN. Sin enterarse
de que en tiempos muy lejanos
yo era amigo de esta casa.
¿No es cierto?
JOSEFA. Hace muchos años.
MARIA. ¿Cómo yo no le recuerdo
si usted nos conoce tanto?
FERN Anduve lejos de España
muchos períodos.
JOSEFA. Muy largos.
FERN. Así y todo usted podría
recordarme.
MARIA. Si es el caso
que yo le he visto á usted ántes
no se dónde y no se cuándo.
FERN. (Sentándose cerca de María.)
Vine aquí el año setenta.
MARIA. Yo era niña.
FERN. (Muy interesado en que le recuerde.)
Sin embargo...
JOSEFA. Es imposible...
MARIA. Pues mira...
no es imposible, no tanto:
que ya sé dónde le ha visto.
FERN. ¿Dónde?
MARIA. En la Casa de Campo.

Usted, mi madre, Josefa...
el embarcadero, el lago...
niños que juegan conmigo...
estoy viendo todo el cuadro.

JOSEFA. Y si no ha existido nunca
ahora te lo estás pintando.

MARIA. La memoria de los niños
guarda los hechos grabados
fielmente y los reproduce
con un parecido exacto.

FERN. Sí; pero la inteligencia
que se engrie con los años,
quizás mira los sucesos
á través de un prisma falso.

MARIA. No lo sé; pero es verdad
que suele verse tal cambio
al mirar el panorama
de los recuerdos lejanos,
que los tristes causan risa
y dan los alegres llanto.

FERN. ¿Pero este recuerdo es dulce?

MARIA. Era dulce y es amargo.

JOSEFA. Lo de siempre: es su caracter;
en todo ha de encontrar algo
que la mortifique.

FERN. Es mucha
la impaciencia con que aguardo
sus palabras.

MARIA. Siendo niña
iba á la Casa de Campo
con mi madre y con Josefa.

JOSEFA. Y al Retiro y al Botánico.

MARIA. Hubo tres ú cuatro tardes,
si: no pasaron de cuatro,
en que al dejar nuestro coche
y dirigirnos al lago,
deuna alameda salía
un caballero... usted, claro,
que se acercaba á nosotras,
y haciéndome algun halago
me presentaba un juguete,
unos dulces, un regalo.

que me entretuviera; entónces.
Josefa asía mi mano
conduciéndome á una fuente
en donde había otros varios
niños; yo les daba dulces
y todos juntos jugábamos;
pero desde allí á mi madre
miraba de vez en cuando.
aunque ella siempre tenía
la vista fija en el lago;
y cuando al caer la tarde
yo ambicionaba descanso,
y con mi madre me unía
para buscar su regazo,
siempre encontraba en sus ojos
señales de haber llorado.

FERN. Por mi parte no recuerdo...

JOSEFA. Como que hace muchos años.

MARIA. Pues yo tengo en mi memoria
de relieve su retrato.

FERN. Pero usted por aquel tiempo
me encontraba á cada paso;
si yo vivía en su casa,
si aquí me ostaba ocultando
de la justicia y del mundo
¿cómo no ve en otros actos
mis facciones?

MARIA. Las recuerdo
cuando más me impresionaron.
Y si desde aquellas tardes
en que ahora los tres pensamos
hasta que mi madre, jóven,
cerró por siempre sus párpados
la ví pensativa y triste
como si mirase al lago,
¿qué mucho mis recuerdos
se hayan vuelto tan amargos,
ni que piense que usted pudo
ser la causa de su llanto?

FERN. ¡Yo, María!

JOSEFA. ¡Tú estás loca!

MARIA. Pero, por qué? si no hago

más que referir los hechos
conforme van asaltando
mi memoria.

FERN. (Se levanta.) No á su madre,
á cualquiera ser humano
conmueven las desventuras
que hacen mi pecho pedazos:
si oyó su madre mis duelos
llorar debió al escucharlos,
que usted tambien lloraría
conociendo su relato.
Olvide usted sus enojos
y sírvame de descargo
que me duele haber podido
ser la causa de aquel llanto.

MARIA. (Acercándose á Fernando.)
Tambien yo estoy pesarosa
de mis frases.

FERN. Me hacen daño
porque avivan mis dolores,
que son muy grandes.

MARIA. Si en algo
yo los pudiera aliviar...

FERN. ¿Qué?

JOSEFA. Te estarán esperando.

FERN. Sí: no mezcle usted sus dichas
con las angustias que callo.

MARIA. Con ellas lloró mi madre
y es ya mio ese quebranto.

JOSEFA. Anda.

MARIA. (Desde la segunda puerta de la izquierda.)
Aunque ignoro sus penas
sepa usted que las comparto.

ESCENA X.

JOSEFA y FERNANDO.

FERN. ¡Infeliz!

JOSEFA. Llegué á temer...

FERN. Nada.

JOSEFA. Hay que ocultarlo todo.

FERN. Hablaré siempre de modo
que no me pueda entender.
JOSEFA. Bien recuerda la ocasion...
el lugar... cuanto es preciso.
FERN. Era ya el segundo aviso
que me daba el corazon.
Haciendo vida inconstante
siempre en pos de la belleza
se apoderó la tristeza
de mi corazon galante.
Sin tierra y sin cielo fijos,
sin familia y sin hogar,
llegué, de tédio, á pensar
en el amor de los hijos;
y, como nunca marchaba
por el camino derecho,
pensé encontrarme ya hecho
aquel bien que ambicionaba.
Para salir de mi hastío
y mi esperanza lograr,
era preciso robar
lo que sin duda era mio.
Lo intentó mi audacia altiva,
pero con desdicha tanta,
que aún hoy recordar me espanta
mi primera tantativa;
la otra dió por resultado
dejar en esa alma pura
una sombra de amargura
que temo no haber borrado.
Ya nadie mi mal remedia:
mi esperanza está perdida,
y he de llorar media vida
los triunfos de la otra media...
Cuesta, que, sin descansar,
andamos, es el vivir:
cuanto hay de luz al subir
hay de sombras al bajar.
JOSEFA. Que usted sufra se comprende,
pero que ande aquí mezclada
yo, que no intervine en nada,
eso es lo que no se entiende.

Entre la infeliz esposa
y don Manuel, que es un santo,
y esa niña que amo tanto
pasé una vida espantosa.
Francamente, me temí
que el mejor dia el demonio
se llevase al matrimonio
y á la muchacha y á mí.
Y metida ya en la red
que usted tejió, sin mi ayuda,
ahora querrá usted sin duda
que padezca por usted.

FERN. Quien conoció la agonía
de aquella madre paciente
debe ser la confidente
que calme la pena mia.

JOSEFA. Me asusto de que me vea
con Manuel y no me presto
á nada.

FERN. No tiene de esto
ni la más remota idea.
En cambio mi alma padece
por esa niña querida;
dime si es correspondida,
si su amado la merece...
Mi posicion ignorada
me tiene aquí de tal modo,
que para mí lo soy todo
y para nadie soy nada.

JOSEFA. Eso sí me causa pena,
aun cuando usted merece....

FERN. Tú me hablarás de María...
de su novio... si eres buena.
¿Él la ama?

JOSEFA. Con certidumbre:
y ella le quiere...

FERN. Lo he visto.

JOSEFA. Y él es jóven, bueno, listo,
y hará su felicidad.

FERN. Prosigue.

JOSEFA. Es muy rico.

FERN. ¿Sí?

JOSEFA. Y título de Castilla.
FERN. ¿Se han conocido?
JOSEFA. En Sevilla:
él tiene su casa allí.
FERN. [illegible] título lo he sabido
por Manuel.
JOSEFA. No es muy sonado,
porque es nuevo... ó renovado.
FERN. ¿Recuerdas el apellido?
JOSEFA. Fernandez.
FERN. ¿Sí? Pues aguardo
al otro, porque ese á solas...
JOSEFA. Es Fernandez... de Alverolas.
FERN. (Rápidamente y con grandísima ansiedad.)
¿Y el nombre, cuál es?
JOSEFA. Ricardo.
FERN. ¡Qué horror!
JOSEFA. No entiendo...
FERN. Aún confío.
Habla.
JOSEFA. Pero usted padece.
FERN. ¿Su padre?...
JOSEFA. Segun parece
sucumbió en un desafío.
FERN. ¿Su madre?...
JOSEFA. Murió detrás.
FERN. ¡Ay! ¡Mi corazon estalla!
JOSEFA. ¿Por qué sucumbieron?...
FERN. Calla:
no pretendas saber más.
JOSEFA. ¡Ah! ¿Qué?
FERN. Mis malas acciones
contemplo en un punto unidas
como esas nubes nacidas
en diferentes regiones,
que al ver las galas de mayo
en un virginal terreno
lo conmueven con el trueno
y lo abrasan con el rayo.
JOSEFA. No lo entiendo todavía,
y siento una agitacion...
FERN. Es imposible la union

de Ricardo con María.

JOSEFA. ¡Qué horror! ¿Por qué este enemigo
viene á impedir que los dos
se amen? ¡Perdóneme Dios,
que no sé lo que me digo!

FERN. (Mirando dos anillos unidos que lleva en la mano izquierda.)
¡Antiguas prendas de amores:
fechas de glorias lloradas,
por algo os tengo enlazadas
con tan negros pasadores!

JOSEFA. ¿Quién viendo al mundo gozar
puede sus males medir?

FERN. ¡Qué abismos deben cubrir
las mansas olas del mar!

JOSEFA. Pero...

FERN. Impediré ese amor
aun á costa de mi vida.

JOSEFA. Ya me tiene usted metida
en un enredo mayor.

ESCENA XI.

JOSEFA, FERNANDO, MARÍA, MANUEL y RICARDO entran en escena por la segunda puerta de la izquierda.

MARIA. (Á Josefa.)
Está todo convenido.

JOSEFA. ¿Sí?

MARIA. ¡Qué dia tan dichoso!

MAN. (Presentando á Ricardo.)
Fernando, el futuro esposo
de... te encuentro conmovido.

FERN. No.

RIC. Me considero honrado.

FERN. ¡Gracias!
(Estrecha la mano de Ricardo verdaderamente afectado.)

RIC. Soy su amigo y sabe...

FERN. Da usted el paso mas grave

de la vida.

RIC. El mas soñado.

JOSEFA. Pide un plazo, por favor,

MAN. Éste con su instinto lidia:
miraba á usted con envidia.
y ya le infunde temor.

JOSEFA. Pero...

MARIA. Vuelva tu alegría.
¿Á qué haces tantos extremos:
si no te abandonaremos?

JOSEFA. Ni yo á vosotros, María.

ESCENA XII.

DICHOS y PEREZ por la puerta del foro.

PEREZ. ¿Al concierto?

MAN. De contado.

PEREZ. Que lo hay aquí se adivina.

MARIA. (Señalando á Josefa.)
Sí: pero esta desafina.

MAN. (Señalando á Fernando.)
Y éste va desconcertado.

FERN. Anhelamos la ventura
de los dos.

MAN. Si, yo lo creo.

PEREZ. De modo que segun veo
puede ya decir el cura:
primera amonestacion,
para que todos se enteren;
de dos novios que se quieren
con todo su corazon.
Un mes, á mucho tardar,
se aplazará el casamiento:
quien sepa un impedimento
lo puede manifestar.

RIC. Brávo.

MARIA. Bien

FERN. (Mirando á María y Ricardo.) ¡Pobres!

MARIA. (Á Ricardo y aludiendo á Perez.) ¡Qué loco!

MAN. Fernando ¿te cambiaíias
por mí?

FERN. (Con lágrimas.) ¡Manuel!

MAN. ¿Qué darías?

FERN. Todo me parece poco.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO y PEREZ.

Están sentados en el confidente.

PEREZ. Me ha complacido de veras
este almuerzo de familia,
porque, estimado vizconde,
en los actos de la vida,
hay que distinguir dos partes,
una moral y otra física:
comidas sin expansiones
son indigestas por frias,
y no son más saludables
expansiones sin comidas;
por eso, para mi gusto,
tiene la mejor cocina
quien al darnos un convite
ofrece esta sana lista.
Amabilidad con ostras,
gratin de afecto y lubina,
ternera en salsa de amigos,
filetes con frases íntimas,

recuerdos gratos con trufas,
un *vol-au-vent* de alegría,
entremeses de franqueza
y cariño en galantina.

RIC. Buen *menú*.

PEREZ. Y, en cuanto á vinos,
este almuerzo se rocía
con ingenio, con burdeos,
con gracia y con manzanilla.

RIC. De todo eso hemos tenido.

PEREZ. La ocasion era propicia,
y cada cual por su parte
ha ocupado bien su silla.
Amable, atenta, obsequiosa
la delicada María,
ha dibujado el papel
de la esposa prometida.
Don Manuel ha desplegado
su bondad siempre exquisita
representando al *pere noble*,
segun en Francia apellidan,
á los barbas, y usted mismo
ha dicho cosas muy lindas
domostrando que no en valde
es hijo de Andalucía.

RIC. No hay que despreciar tampoco
á los hijos de Castilla,
que usted entre plato y plato
dice chistes sin medida.

PEREZ. Alguna vez: en la mesa
es donde luce mi chispa.

RIC. Sin doble sentido.

PEREZ. Sólo
he visto una adhesion tibia
al objeto que animaba
nuestra reunion expansiva.

RIC. No hay que esforzar la memoria,
solo falta uno en la lista
del convite.

PEREZ. Sí: Castillo.
¡Con qué cara tan contrita
ha escuchado aquellas bromas,

que á ustedes se referían!
Yo no distingo si siente
remordimientos ó envidia.

RIC. Es natural: está triste
porque ha gastado la vida
locamente, y hoy observa
que cuando se rectifica
á su edad, es algo tarde
para conseguir la dicha.

PEREZ. Yo, que conozco hechos suyos
de una audacia nunca vista,
hablando al hombre presente
encuentro digno de risa
que se le haya motejado
en dos épocas distintas.
«El atrevido en la Córte,»
y «El burlador de Sevilla.»

RIC. ¿De Sevilla?

PEREZ. Allí dejaron
memoria sus fechorías.
Ó fué en Sevilla ó en Cádiz
donde tuvo una reñida
lucha en que mató al contrario.

RIC. Es una inmensa desdicha.

PEREZ. (Haciendo esfuerzos por acordarse.)
En Cádiz fué.

RIC. Se comprende
que un hombre que lleva encima
de su alma tales recuerdos
sufra tristezas contínuas.

ESCENA II.

RICARDO, PEREZ y MARÍA.

MARIA. Muchas gracias, brigadier.

PEREZ. ¿Por qué? ¡Ha llegado!...
(Ricardo y Perez se levantan para acercarse á María, que habrá entrado por el foro.)

MARIA. Es bonita.

RIC. ¿Pero qué?...

MARIA. Una licorera

que el brigadier nos dedica.

RIC. Es muy atento.

PEREZ. Un dios Baco
montado sobre una pipa:
tiene en la mano una copa
y alarga el brazo á la espita.
El tonel está en el centro
circundado de una viña,
y pendientes de los pámpanos
van muchas copas chiquitas.

RIC. No deja de haber ingenio
en toda esa alegoría.

PEREZ. Un regalo de cuartel.

MARIA. De una persona muy fina.

PEREZ. Digo que es de un militar
que está en situacion pasiva.

MARIA Yo lo estimo.

RIC. Y yo lo aplaudo.

PEREZ. Ya vendrán cosas más ricas. (Pausa.)
Segun prometí en la mesa
me marcho á la Vicaría
á activar el expediente
y á ver si esta tarde misma
vienen á tomar los dichos
que han de convertirse en dichas.

RIC. Agradezco sus gestiones.

PEREZ. Si no me cuestan ni pizca
de trabajo: tengo amigos
en todas las oficinas.

MARIA. Es muy bueno.

ESCENA III.

DICHOS y FERNANDO.

PEREZ. (Ya en el foro.) Don Fernando
hasta despues; voy deprisa.

RIC. ¡Qué activo!

PEREZ. (Volviendo desde la puerta.)
Ahora que recuerdo,
hablé ántes de la revista
de «El Imparcial,» tiene un párrafo. . .

(Fernando hojea el periódico, que estará en la mesita de la izquierda.)
Por aquí? Á ver? ¡Quién se priva
de dar á los aludidos
esta inocente alegría!
(Ha cogido el periódico de manos de Fernando.)
Amor contrariado... No;
esto es despues: más arriba.
«Se habla del próximo enlace
de una jóven distinguida
con un vizconde simpático
que ha venido de Sevilla.
Amor, belleza y fortuna,
juntándose en union íntima,
prometen á esta pareja
los encantos de la vida.»

MARIA. Está bien.

RIC. Procuraremos
no desmentir la noticia.

MARIA. ¿Y lo de «amor contrariado?»

PEREZ. Es una cosa distinta.

FERN. Será uno de esos contrastes
que buscan los periodistas.
Veremos: «Ménos felices

MARIA. (Tomando á su vez el diario.)
que la pareja antedicha,
un marino y la hija ilustre
de una opulenta familia
han roto los lazos tiernos
de sus glorias prometidas:
el marino al mar se vuelve
queriendo afrontar sus iras,
y la novia toma el velo
en un claustro de esta villa.»

RIC. ¡Desdichados!

FERN. ¡Quizás huyen
de otras mayores desdichas!

MARIA. ¿Quizás?

PEREZ. No hay que entristecerse:
me marcho á la Vicaría.

ESCENA IV.

MARÍA, FERNANDO y PEREZ.

MARIA. (Sentándose en el confidente.)
Temo que voy á llorar
por esa desgracia agena.

RIC. (De espaldas al público y contemplando á María.)
Yo tambien pienso con pena
en el claustro y en el mar.

FERN. Sepulturas son las dos
de un amargo sufrimiento:
en el mar y en el convento
se vive á solas con Dios.

RIC. En esa noticia existe
algo que hace pensar hondo.

MARIA. ¿Qué podrá haber en el fondo
de un desenlace tan triste?

RIC. Acaso un ciego egoismo...

MARIA. Tal vez una infame intriga...

FERN. Quizás una voz amiga
que ha señalado un abismo.

RIC. (Se sienta al lado de María.)
Nuestro gozo hace mayor
su angustioso padecer:
mirado desde el placer
se agranda mucho el dolor.

MARIA. Y crecen las dichas todas
del dolor á los destellos.
¡Qué grandes han de ver ellos
las dichas de nuestras bodas!

FERN. (Despues de haberse acercado á la puerta del foro, y convencido de que nadie ha de interrumpir la escena, viene á colocarse detrás del confidente en pie y apoyando los brazos en el respaldo.)
Esa breve historia advierte
á los que aman con ventura,
que alcanza á todo la dura
inconstancia de la suerte.
Y es juicioso precaver

para no sufrir sus males,
cuando los lazos son tales
que no se pueden romper.

MARIA. No entiendo...

RIC. Ni yo adivino...

FERN. Que se debe meditar
en calma ántes de fijar
por siempre nuestro destino.

MARIA. ¡Quiere infundirnos temor!

FERN. Yo lo tengo.

RIC. Es infundado.

FERN. (Inclinándose mucho para dominar á los enamorados.)
¿Ustedes han estudiado
si ese cariño es amor?

MARIA. ¡Qué si es amor!

RIC. Es locura.

FERN. Ahí fundo mis prevenciones:
hay que estudiar las pasiones
con la razon muy segura.

MARIA. El alma...

FERN. Se ofusca y miente
si el juicio no es muy severo.

RIC. Pero el amor verdadero
no se razona, se siente.

MARIA. Amor es una atraccion.

RIC. Una mútua simpatía.

MARIA. Un rayo de luz del dia
que llega hasta el corazon.

FERN. Quien tiene amor vive en guerra,
siente y piensa de otros modos.
Como el de ustedes son todos
los afectos de la tierra.

MARIA. ¡Sí!

FERN. Cualquier cariño sano
tiene una calma tan pura;
esta es la misma ternura
del amigo, del hermano,
de esos afectos sin dolo
ni arrebatados excesos
que...

RIC. Tendremos todos esos

fundidos en uno solo.

FERN. Pero que no es el amor,
porque le falta esa sed...

MARIA. No nos desengañe usted
si estamos en el error.

RIC. Nadie nos convencerá
de que nuestra fe es mentida
que ha de absorber nuestra vida.

MARIA. Y ha de vivir más allá.

FERN. La experiencia...

RIC. Horrible ciencia
que amarga á los que la tienen
y con sus consejos vienen
á turbar á la inocencia.
(Señalando á María.)

MARIA. Si usted de todo ha dudado
como de este amor tan puro,
le compadezco: es seguro
que vive muy desgraciado.

FERN. Le ama!
(Marchándose contrariado al lado opuesto de la escena donde se sienta junto á la mesita.)

RIC. Y creo y soy dichoso.

MARIA. Y olvida la ofensa ruda,
porque es cariño la duda
en labios de un receloso.

ESCENA V.

DICHOS y PEREZ, que vuelve por la puerta del foro.

RIC. ¡Qué pronto ha dado la vuelta!

MARIA. ¡Pero está usted aquí ya!
(Los dos se levantan para acercarse al recien venido.)

PEREZ. No tanto: mis piernas corren
menos que mi voluntad.
Aún no he salido á la calle,
porque cuando iba á bajar
la escalera, hallé al activo
agente matrimonial,
y juntos los dos entramos

en el despacho en que está
don Manuel haciendo sumas
para poder precisar
cuanto la herencia y el dote
ofrecen de capital.

RIC. ¡Qué números!...

MARIA. ¿Pero ocurre
alguna contrariedad?

PEREZ. Que al hacer el expediente
se ha olvidado acompañar
unos documentos.

FERN. (Con mucho interés.) ¿Cuáles?

PEREZ. (Á Fernando y luégo á Ricardo.)
Si no están aquí, vendrán.
Las partidas mortuorias
de sus padres de usted.

FERN. (¡Ah!)

RIC. ¡Las tengo!

FERN. (¡Todo me hiere!)

RIC. Las fuí yo mismo á buscar.
¡Se hallan tan cerca una de otra
en el libro parroquial!

MARIA. Podrá quien hizo esas muertes
vivir con tranquilidad!

FERN. (¡Ella me acusa!)

PEREZ. ¡Esas muertes!...
Si me quieren enterar...
El caso es interesante.

MARIA. (Pesarosa de sus palabras.)
¡No lo sabe usted!

PEREZ. No tal.

MARIA. Y á Ricardo le fatiga...

RIC. Pero es tanta la bondad
del señor para nosotros,
que no me puedo negar
á decirle que mi padre
murió en un duelo fatal,
y que mi madre muy pronto
le fué en la muerte á buscar.

FERN. (¡Qué horror!)

PEREZ. (Á Fernando.) ¿Usted lo sabía?

FERN. (Muy irritado.)

Ni lo sé: no hable usted más.
(Transicion; reprimiéndose.)
¿No los ve usted cómo sufren?
Déjelos usted en paz.

PEREZ. (Á María y Ricardo.)
Siento...
(Á Fernando.) Parece imposible
que á usted le duela este mal.

MARIA. Pero...
(Como quien teme que se entable una cuestion.)

PEREZ. No; si nos marchamos:
el vizconde á darme va
esos papeles.

RIC. Yo vuelvo.

FERN. Hasta despues.

MARIA. Voy detrás...

FERN. Teme usted hablarme á solas
por si puedo murmurar...

MARIA. Iba... en busca de Josefa.

PEREZ. La mandaré para acá.
(Ricardo y Perez se marchan por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

MARÍA y FERNANDO.

FERN. Se queda usted recelosa
conmigo.

MARIA. No.

FERN. Sí, María;
y nadie como yo ansía
ver á usted siempre dichosa.
(María se sienta en la butaca del zigzag que da frente al público.)
La verdad no sabe á miel
y halla usted mi afecto amargo.
(Fernando hace señas á Josefa, que aparece en la puerta del foro, para que se retire.)

JOSEFA. (¿Que me vaya? Me hice cargo:
la dejo á solas con él.)

FERN. ¿Piensa usted?... (Sentándose en la otra butaca.)

MARIA. Que la verdad
es mudable en sus efectos,
y toma varios aspectos
á medida de la edad:
si en usted, desconfianza,
duda, recelo y temor,
la verdad en mí es amor,
ilusion, fe y esperanza.

FERN. Con formas tiernas ó rudas
van á un fin nuestros anhelos;
que son amor mis recelos
y son cariño mis dudas.
El desden que muestra siento:
conocí á usted cuando era...
(Ayuda la frase con la accion indicando que cuando era muy niña.)
ántes de que usted tuviera
su propio conocimiento.
Y hoy que su ternura ansío,
que busco su compasion,
hoy llamo á su corazon
y no le responde al mio.

MARIA. Yo acepto tanta bondad,
pero con dolor me hiere
ese cariño que quiere
romper mi felicidad.
Nadie puede hallar extraño
este forzoso desden,
no he visto á usted para el bien
y le encuentro para el daño.

FERN. ¿No recuerda usted ahora
la edad que los hechos graba?

MARIA. Mi madre entónces lloraba:
hoy es su hija la que llora.

FERN. Trasmito mis agonías
á todas las almas buenas.

MARIA. Quizás engendran sus penas
estas desventuras mias;
que sin ese torcedor
de la experiencia del mal,
no se duda por igual
de la virtud y el amor.

FERN. Pero María, usted piensa,
porque persisto tenaz,
que dudo... no soy capaz
de hacer á usted esa ofensa.
Yo seré un hombre ligero,
entrometido, importuno,
que sin derecho ninguno
se propasa á consejero;
pero hágame la merced
de enmendarse si ha pensado
que no soy un hombre honrado...
á lo ménos para usted.

MARIA. Usted que me hace temblar
me sosiega con querer:
tiene usted en mí el poder
que ejerce el viento en el mar.
Siento agitarse mi alma
cuando desdichas me augura;
cuando me habla con ternura
vuelvo á recobrar la calma.

FERN. Aunque entiendo que es cruel
mantenerme en mi insistencia,
oígame usted con paciencia:
yo creo en usted y en él,
pero la vida es amarga
y pensar en ella importa;
aún cuando dicen que es corta,
la vida es larga, muy larga.
Á una malicia dormida
le asustaran mis lecciones,
pero todas las pasiones
son más cortas que la vida.
Y es locura en mi sentir
á la primera pasion
entregar el corazon
con todo su porvenir.
Á quien ama y á quien cree
la mudanza luégo llega,
se arrepiente el que se entrega
ó se cansa el que posee.
Uno gime prisionero
y otro retiene en prisiones,

mientras mueven las pasiones
al preso y al carcelero.
Y al fin de fundadas quejas
ó de disensiones graves,
el uno arroja las llaves
y el otro rompe las rejas.

MARIA. No tienen, gracias á Dios,
fuerza los símiles esos;
que aquí somos los dos presos
y carceleros los dos.

FERN. ¡Ay! (Levantándose con desesperacion.)

MARIA. (Acercándose á él muy confusa.)
Ese grito acallado
lleva en sí tanta verdad,
que alza nueva tempestad
en mi pecho acongojado.
¿Qué puede ocultarse aquí?
¿qué falta? ¿qué mal? ¿qué engaño?
para mover á un extraño
á interesarse por mí?
¿Soy culpada?

FERN. No, María.

MARIA. ¿Y Ricardo?...

FERN. Ama muy fiel.

MARIA. ¿Si no es mia, ni es de él,
de quién es la culpa?

FERN. Mia.

MARIA. ¿De usted? Termine...

FERN. No, nada ..
que es culpable obcecacion
querer matar la pasion
de una niña enamorada.

ESCENA VII.

MARÍA, FERNANDO y JOSEFA, que entra por el foro precipitadamente, y como quien estaba en acecho para avisar.

JOSEFA. ¡Don Manuel!

FERN. (¡Ah!)

JOSEFA. (Á María.) ¡Qué afligida!

(Le limpia las lágrimas con su propio pañuelo.)

MARIA. Tus temores exajera.

FERN. (¡Callando mi vida entera!
¡Fingiendo toda la vida!)

JOSEFA. ¿Qué sientes?

MARIA. ¡Un desconsuelo!...

JOSEFA. (Temiendo que Manuel vea á María de aquella manera.)
Vamos al balcon. (¡Qué apuro!)

MARIA. Necesito aire más puro:
me hace falta ver el cielo.

(María y Josefa se entran en el balcon, Fernando hace esfuerzos por tomar una actitud indiferente.)

ESCENA VIII.

MARÍA, JOSEFA, FERNANDO y MANUEL.

MAN. (Á Fernando.) ¿No está María á tu lado?

FERN. Ahí la tienes, pero...

MAN. (Dirigiéndose al balcon muy satisfecho.)
¿Cuál
piensas que es tu capital?

(María sale al encuentro de Manuel, aunque Josefa trata de interponérseles.)

¿Qué te sucede? ¡Has llorado!

MARIA. No señor.

MAN. Si miro rojos
tus párpados donde oscila
una lágrima intranquila
que está enturbiando tus ojos..

FERN. Fué el ambiente de esta sala.

JOSEFA. De seguro.

FERN. El calor este.

MAN. Déjala que me conteste.
¿No te hallas bien? Estás mala?

MARIA. No señor.

MAN. Algun pesar
te tiene de angustia llena.

MARIA. (Dejando correr su llanto comprimido.)
Sí, señor, siento una pena
que no logro dominar.

MAN. ¿Qué pena sientes, María?
Habla, dí, ¿tu pena es muda?
FERN. Interpreta mal sin duda
una buena intencion mia.
MAN. ¡Tú ocasionas este llanto!
FERN. En favor suyo.
MARIA. Si veo
que le anima un buen deseo,
pero á mí me duele tanto...
Y sufre más mi esperanza
con que Josefa me quiera
y comparta su quimera.
JOSEFA. (Ya estoy metida en la danza.)
MAN. (Á María.)
Pero explícate, si puedes. (Á Fernando.)
Hable ya tu voz amiga. (Á Josefa)
Apoye usted lo que diga.
Vamos, entérenme ustedes.
JOSEFA. Yo por mi parte soy clara;
ni contesto, ni disputo,
porque he venido un minuto
ántes de que usted llegara.
FERN. Yo sí te debo decir
que, acaso con imprudencia,
hice á tu hija una advertencia.
MAN. ¿Una advertencia?
FERN. Que fundo
en mi amistad bien sentida.
MARIA. (Á Manuel.)
Como estoy tan sólo unida
con usted en este mundo.
JOSEFA. ¡Ingrata!
MARIA. Voy expresando
lo que siente el corazon,
puesto que en esta ocasion
apoyas á don Fernando.
MAN. Prosigue.
MARIA. Lo que hablan ellos
tengo á usted que confesar
por si debo renunciar
á mis ensueños mas bellos.
Ella, ocultando emociones,

y él, con vacilante calma,
están llenando mi alma
de dudas y confusiones.
Ella me dice que aguarde,
que quien tiene amor no olvida,
que ahora comienza mi vida,
que para el bien nunca es tarde.
El ya desdichas me augura
indicando con temor
que estudie el sencillo amor
con la razon muy segura.
Que amor significa guerra,
luchar, sentir de otros modos;
que como el mio son todos
los afectos de la tierra.
Que la experiencia adquirida
desune los corazones;
que las más grandes pasiones
son más cortas que la vida...
Y por sus frases turbada,
á mi dolor hallo unido
un suceso que he leido
de un marino y de su amada,
que han roto su juramento
sepultándose á la par
en la anchura de la mar
y en la estrechez del convento;
y mido su desventura
y el amor que mi alma encierra
y, ni en el mar, ni en la tierra,
puedo encontrar sepultura.

MAN. (Á María.) Sosiégate.
(Á Fernando y Josefa.) ¿Qué razon
hay para hablar de ese modo?
(Á María.) Pero cálmate ante todo
que me abruma tu afliccion.

JOSEFA. No; si yo misma quisiera
no tener estas manías.

MARIA. Si hace tres ó cuatro dias
pensabas de otra manera.

MAN. (Á Fernando.)
Tu con el caudal fecundo

de tu mundano saber,
has logrado conmover
á quien no vive en tu mundo.

FERN. Pero al proceder así...

MAN. (Interrumpiéndole.)
Si tú algun hecho supieras
(Señalando á María.)
que le afectase de veras,
me lo hubieses dicho á mí.
María es un ser nacido
para embellecer lo bello,
y Ricardo es... todo aquello
que tú sientes no haber sido.
La union de estos corazones
por tu experiencia temida,
sólo ha de hallar en la vida
venturas y bendiciones.

FERN. ¡Quién sabe!

MAN. (Á María y Josefa.) No hay que caer
en su infundado temor:
nunca ha sentido ese amor,
no lo puede comprender.

FERN. ¡Manuel!

MAN. En tús agonías
tu pasado se recrea
y á todo el que te rodea
le nublas sus alegrías.

MARIA. (Á Manuel suplicando que no ofenda á Fernando.)
¡Padre!

FERN. ¡Maldito pasado,
que es acusador y juez,
y para toda honradez
me tiene inhabilitado!

MAN. Por María asi te alteras,
pero me concederás
que la debo querer más
por mucho que tú la quieras.
Soy quien puede prevenir
las dichas que ha de tener
y quien debe precaver
sus penas del porvenir.
Si concedo la mitad

de su cariño, que entero
ambiciono, es porque espero
doblar su felicidad.
Y si ella y yo, siempre juntos,
sufrimos un desengaño,
no debe ningun extraño
mezclarse en nuestros asuntos.

FERN. Perdona.

CRIADO. (Á Manuel.) Señor.

MAN. ¿Quién es?

CRIADO. Que quiere ver al señor,
pronto, el administrador
del vizconde de Grancés.

MAN. Voy.

MARIA. (Á Manuel.) Me lavaré entretanto
los ojos.

MAN. ¡Pobre!

MARIA. (Excusando su salida.) No sea
que tambien Ricardo vea
las señales de mi llanto.

(Manuel se ha retirado por el foro: María se marcha por la puerta del segundo término de la derecha.)

ESCENA IX.

JOSEFA y FERNANDO.

FERN. ¡Ay de mí!

JOSEFA. Yo lo temía:
ya nos ven con malos ojos
á los dos.

FERN. Y no hay remedio:
aunque le cueste el reposo
á María, aunque Ricardo
pague mi afecto con odio,
y aunque Manuel siempre arroje
mis infamias á mi rostro,
debo atajar el camino
de esos dos séres dichosos

que van á ciegas marchando
hácia un abismo tan hondo.

JOSEFA. Sí: yo bien sé que debemos
hacer eso. ¿Pero cómo?
¿Por qué me habré yo enterado
de este enredo del demonio?

FERN. Oye: por más que parezca
que hemos agotado todos
los medios por separarlos,
queda un recurso, uno sólo.

JOSEFA. ¿Un recurso?

FERN. Pero horrible.

JOSEFA. Me asusta y no lo conozco.

FERN. Decir la verdad mintiendo.

JOSEFA. ¡La verdad! ¿Está usted loco?

FERN. Como el mundo es tan injusto
que tolera en los esposos
pecados que en las esposas
sella con marcas de oprobio,
si tú explicas á Ricardo
lo que es verdad en el fondo,
achacándole á su padre
la falta en el matrimonio,
escuchará tus palabras
con dolor, mas sin sonrojo,
y renunciará por siempre
á ese imposible consorcio.

JOSEFA. ¡Calumniar yo á mi señora,
á quien Dios tenga en reposo!
¡Infamar á un desdichado
muerto por culpa de otros!

FERN. Si es inícuo, si es horrible...
¿pero no es mas espantoso
ver juntos ante el altar
dos corazones de oro
en los que la misma sangre
corre con latido sordo?

JOSEFA. No sé que me asusta mas,
porque me horroriza todo.

FERN. Sabiendo tú mi secreto
los dos responsables somos
de que se afirme ese lazo

que debemos dejar roto.

JOSEFA. ¡Valerse de esos dos nombres!

FERN. No repares en el modo:
hay que hacer el rompimiento
por el camino más corto.
¿No dices que en esta casa
nos miran ya recelosos?
Si no dejamos resuelta
la separacion muy pronto,
querrán los inadvertidos
libertarse de nosotros
y, alejados de su afecto,
y, caminando ellos solos,
no verán más que las flores
de este sendero de abrojos.

JOSEFA. Usted hará lo que quiera.

FERN. Siendo tú mi firme apoyo.

JOSEFA. No.

FERN. Tú hablarás á Ricardo,
á quien yo soy sospechoso.

JOSEFA. No puedo.

FERN. ¿Tú no comprendes
que al sentir que le destrozo
su porvenir halagüeño
se revolverá furioso,
recordando que la fama
me presenta como un monstruo,
y dudará de mis frases,
y expresará sus enojos,
y me mirará con ira,
y me escuchará celoso?

JOSEFA. ¡Jesús!

ESCENA X.

DICHOS y RICARDO.

FERN. Calla.

JOSEFA. (Queriendo marcharse.) (¡Es él!)

FERN. (Deteniéndola y aparte.) De aquí
no sales.

JOSEFA. (Temblando estoy.)
RIC. (Ha llegado como de la calle por el foro.)
Por fin van á venir hoy
á tomar los dichos.
JOSEFA. ¡Sí!
FERN. ¡Tan pronto!
JOSEFA. (Es el enemigo
quien lo arregla.)
FERN. (¡Qué temor!)
RIC. Va usted á hacerme el favor
de firmar como testigo.
FERN. ¿Qué dice usted? ¡Debo ser
testigo!...
RIC. No hallo ninguno
tan cercano: usted es uno
y el otro es el brigadier.
FERN. Ántes de ver realizado
lo que intenta usted firmar,
Josefa le quiere hablar
de un asunto reservado.
(Hace que se marcha.)
JOSEFA. (Á Ricardo.) No; pero si él no se espera...
Es quien lo sabe mejor. (Á Fernando.)
Hágame usted el favor
de estar presente siquiera.
RIC. Espero con ansiedad.
JOSEFA. (Á Fernando.) Dígalo usted: no se excuse...
FERN. Si temo que me recuse
por falta de autoridad.
RIC. ¿Qué desdicha les conmueve?
Hablen ustedes por Dios.
¿Ó ninguno de los dos
á decírmela se atreve?
FERN. Es algo que hará caer
su ilusion más adorada.
RIC. No: no hay en el mundo nada
que tenga tanto poder.
JOSEFA. ¿Qué no hay nada que destruya
su amor? ¿Qué no cedería
ni aún temiendo que María
ser pudiera hermana suya?!
RIC. ¡Qué horror! Pero eso no cabe...

(Á Fernando) ¿Es delirio ó es demencia?

JOSEFA. Yo descargué mi conciencia:
ya lo he dicho: ya lo sabe. (Hace que se retira.)

FERN. Y se marcha de ese modo!

RIC. (Deteniéndola.) No. ¿Quién impide mi amor?
¿Quién ha sido el seductor?...

JOSEFA. Él puede explicarlo todo.

RIC. (Á Josefa.) Usted debe exterminar
mi fe, mi pasion, mi vida.

JOSEFA. Si yo estoy tan afligida
que nada puedo explicar.

RIC. (Siempre á Josefa.)
¿Quién puso en nuestra honra manchas?
¿Quién nuestra ventura inmola?

JOSEFA. Déjeme usted salir sola,
quiero llorar á mis anchas.
(Se retira por la puerta del segundo término de la derecha.)

ESCENA XI.

FERNANDO y RICARDO.

RIC. Si mi desesperacion
despierta su caridad,
dígame usted la verdad
siquiera por compasion.
¿Mi cuna está en lo más hondo
de infamias que no adivino?
Alumbre usted el camino
que quiero llegar al fondo.

FERN. Yo...

RIC. Pero si en esa historia
juega de mi madre el nombre,
no consiento á ningun hombre
que me empañe su memoria.

FERN. (Confuso y procurando esquivar preguntas del mismo género.)
Ese nombre es respetado
por mí como se merece.

RIC. ¡Ah! ¡Gracias! Ya me parece

que soy ménos desdichado.

FERN. La desdicha es realidad.

RIC. ¡Y mi padre es quien destroza
mi ventura!

FERN. (Como quien siente ofender la memoria del muerto.(
El hombre goza
de tan grande impunidad!

RIC. Pero hace el daño: de suerte
que en un tiempo sin medida,
destruye el bien de la vida
y quizás el de la muerte:
que quien llora sin consuelo
esta criminal herencia,
se revuelve en su demencia
contra la tierra y el cielo.

FERN. Sufrir con resignacion
debe...

RIC. No invoque deberes
quien habrá puesto á otros seres
en mi horrible situacion.

FERN. Nada importa aquí el delito
de un pasado que deploro:
olvidando el mal que lloro
hay que ver el mal que evito.
La boya, que es el presagio
de escollos que encubre el mar,
á veces suele flotar
con las tablas de un naufragio.

RIC. De mi estado á la locura
no hay nada: quiero y no quiero...
y no me doy por entero
cuenta de mi desventura.
Debo la culpa apurar
y tengo que hacerla mia:
ni á don Manuel, ni á María.
se la puedo revelar.
He de encubrir mi furor,
y respetar una fama,
y ofender á quien me ama,
y dar tortura á mi amor...
Para tan grandes dolores
mi corazon es estrecho;

que no puede ningun pecho
contener tantos horrores.

FERN. Sí: que el corazon jamás
rompen las penas; lo fío:
está más gastado el mio
y contiene muchas más.

RIC. Sus recuerdos le hacen daño,
porque despiertan la idea
de que quizás todo sea
un abominable engaño.

FERN. ¡Qué!

RIC. Pero el arma es aguda:
tan honda el pecho la siente,
que cuando el amor aliente
ha de herirse con la duda.

FERN. ¡Ve engaños en mis acciones!...
No hay un hombre tan nocivo
que pueda hacer sin motivo
tan graves revelaciones.
Quien expresa mi ansiedad,
quien no domina su espanto,
quien enmudece de llanto...
sólo dice la verdad.

RIC. Pero es un hombre que labra
mi angustioso porvenir,
y yo le quiero exigir
algo más que su palabra.
No hable usted... con frases nuevas
no se llena este vacío.

FERN. ¡Sigue dudando, Dios mio!

RIC. ¡Pruebas: necesito pruebas!

FERN. ¿Qué pruebas darle podría?

RIC. Si no logro alguna ver,
yo no puedo responder
de hacerme odiar por María.

FERN. ¿Cómo sus dudas destruyo?
¿Cómo venzo sus sospechas?
(Rápidamente y sin considerar las consecuencias de su accion, se quita los anillos enlazados que lleva en la mano izquierda y se los entrega á Ricardo.)
Mire usted esas dos fechas.

RIC. (Haciendo que lee en la parte interior de los anillos.)
¡Mi nacimiento y el suyo!
¡Es imposible este amor!...
¡Los anillos son hermanos!
¿Cómo han venido á sus manos
estos despojos de honor?

FERN. ¿Cómo?

RIC. Los pregones estos,
quién los dejó en su poder?

FERN. (Cogido como se halla acepta las salidas que le señala Ricardo, dejando ver al público la turbacion que le domina.)
Su dueño ha debido ser.

RIC. ¡Mi padre! (Le devuelve los anillos.)

FERN. (Colocándoselos.) Los dejó puestos...

RIC. Pero se procede así
sólo en situacion extrema:
eso se hace en la suprema
hora de la muerte.

FERN. (Que lo concede todo con tal de no decir: «Esos anillos son mios y no han pertenecido nunca al que usted cree su padre» hace rotundamente la afirmacion que sigue.)
Sí.

RIC. En mi desventura hay suerte:
despues de tanto indagar,
usted me va á revelar
quien dió á mi padre la muerte.

FERN. Despues... Hoy no es oportuno...
Vencerse aquí es lo primero.

RIC. Pero no ve usted que quiero
saciar mi furia en alguno.

FERN. Cuando usted salve este abismo
haremos lo que usted quiera.
¿Pide usted que ese hombre muera?...
¡Le daré muerte yo mismo!

RIC. He de cortar yo sus dias
cara á cara y pecho á pecho,
no cedo á nadie el derecho
de vengar injurias mias.
(Se deja caer en el confidente ocultando la cara

con las manos y diciendo entre sollozos.)
¡No hallaré de ningun modo
consuelo! ¡Padezco tanto!

FERN. (Esto es injusto: que el llanto
debiera ser mio todo.)

RIC. ¡Qué infeliz soy!

FERN. (¡Qué cruel
es mi pena merecida!)

RIC. ¡No hay esperanza en mi vida!

FERN. (Dirigiéndose á la puerta del foro y volviendo luégo al lado de Ricardo.)
Álguien se acerca. ¡Es Manuel!
Oculte usted su afliccion.
(Ricardo sale de escena precipitadamente por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XII.

FERNANDO y MANUEL.

MAN. (¡Huye!)

FERN. (¡Le ha visto al entrar!)

MAN. ¡Tambien le has hecho llorar!
¡Si no tienes corazon!
Ese hombre que me ha llamado,
porque te ha reconocido,
á suplicarme ha venido
que te arroje de mi lado.

FERN. ¿Qué?

MAN. Sabe que diste muerte
al padre...

FERN. (Temiendo que le oiga Ricardo.)
Calla.

MAN. Y concibe
que si el hijo se apercibe
puede sufrir igual suerte.

FERN. ¡No lo temas! ¡Nunca!

MAN. Espera:
ha alumbrado mi memoria;
él no sabe bien la historia,
yo sí, la recuerdo entera.
Aunque mezclarme rehuyo

en tus maldades mezquinas,
recuerdo bien que imaginas
que Ricardo es hijo tuyo,
y encuentro la explicacion
de tu proceder funesto: (Con sarcasmo.)
tú, como padre, has dispuesto
mandar en su corazon.
¿En qué cifras su ventura?
(Quiere hablar Fernando.)
No contestes: nada digo;
porque discutir contigo
es colocarme á tu altura.
Si tu vida se halla unida
á Ricardo... será un hecho;
pero no tienes derecho
á intervenir en su vida.
Dispone de su existencia,
de tí en todo independiente:
esos hijos solamente
se tienen en la conciencia.
(Sale de escena por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII.

FERNANDO.

¡En la conciencia!... Es verdad:
no hay ley divina ni humana
que apadrine esta liviana
razon de paternidad.
Si fué mia la maldad
que alentó mis extravíos
¿porqué mis duelos tardíos
conmueven almas serenas
aplicándoles las penas
de crímenes que son mios?
Vislumbré en mi cielo un claro
y su luz brilló tan poco,
que, tras del intento loco
de hallar amoroso amparo,
vengo á ser como el avaro

que de la tierra en el seno
busca el oro, aparta el cieno
y halla su dicha ilusoria
cuando le envuelve la escoria
al derrumbarse el terreno.
Estos males que me afligen
¿por qué han herido imprudentes
á los que son inocentes
del pecado de su orígen?
¡Si los padres no se eligen
aquí no hay culpa en quien ama!...
Ese gas que en luz se inflama
nace del carbon mas duro,
y si es de orígen oscuro,
es limpia y pura su llama.
Con el alma arrepentida,
con el corazon de duelo,
sufriré sólo en el suelo
este dolor sin medida;
y si hay despues otra vida
de siglos de penitencia,
en esa eterna existencia
andaré errante y sin luz,
llevando á solas la cruz
del peso de mi conciencia.
(Despues de una larga pausa.)
¿Podré acaso deshacer
mi imprudencia?!
(Se acerca con decision á la puerta por donde salió Ricardo, pero en la inmediata aparece Manuel y le detiene.)

ESCENA XIV.

FERNANDO, MANUEL y luégo JOSEFA.

MAN. ¿Á dónde vas?
¡Quieres afligirle más!
FERN. No, no... (¡No voy á poder!)
JOSEFA. (Sale muy agitada por el segundo término derecha á hablar con Fernando y se contiene al ver á Manuel.)

Don Fernando... ¡Usted!

MAN. ¿Qué pasa?

JOSEFA. ¿Qué?... Si tan sólo venía
á decir que una alegría
tiene revuelta la casa.

ESCENA XV.

DICHOS, MARÍA, PEREZ y RICARDO. María y Perez llegan por el foro. Ricardo se presenta en la puerta por donde se retiró.

MARIA. Padre, Ricardo, Ricardo.

MAN. Aquí está.

FERN. (Viendo salir á Ricardo á escena.)
(¡Qué palidez!)

MARIA. Esta es la primera vez
que anda tu cariño tardo.

RIC. (Apoyándose en un mueble.)
(¡Tiemblo!)

FERN. (¡Qué fatalidad!)

MAN. (Á Josefa.) ¿Por qué vienen tan contentos?

MARIA. Ya no hay entorpecimientos
á nuestra felicidad.

PEREZ. Vencí como un brigadier.

JOSEFA. (¡Qué victoria!)

MARIA. (Enseñando á Ricardo el documento que trae en la mano.)
Yo he firmado:
pon tú la firma á mi lado.
Muy juntas.

RIC. No puede ser.

MAN. ¡No!!

MARIA. ¿Qué dice?!

FERN. (El corazon
me está destrozando el pecho.)

MARIA. Habla. (Á Ricardo.)

MAN. (Á Fernardo.)
Qué has dicho? ¿Qué has hecho
para arrancar su pasion?

MARIA. (Á Ricardo.) No hablarás?...

RIC. De ningun modo

FERN. (Á Manuel y señalando á María.)
Ahora vamos en su ayuda.

MARIA. ¡Padre!

PEREZ. Ya no tengo duda:
ese hombre es capaz de todo.

MARIA. (Á Ricardo.) Mi vida has hecho pedazos.

RIC. ¡Ay! No me odies. ¡Alma mia!

MAN. (Muy afectado viendo á María desvanecerse.)
¡Se me va á morir!

FERN. (Sin poderse reprimir, da este grito, que sale entre lágrimas, del fondo de su corazon.)
¡María!

MARIA. (Rechaza á Fernando que trata de sostenerla y cae desmayada en brazos de Manuel diciendo.)
Me sostienen estos brazos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena pasa en una habitacion restaurada de un antiguo castillo: está construida en forma de rotonda y tiene cuatro huecos distribuidos de la siguiente manera: puerta al fondo que da al campo: puerta en primer término izquierda, al pie de una escalera por donde se puede subir á un miramar: puerta grande, en segundo término izquierda, que une los restos conservados del castillo y la quinta edificada recientemente: ventana á la derecha por donde sólo se descubre mar y cielo. Juega en la representacion una panoplia, en que habrá armas de diferentes épocas.

ESCENA PRIMERA.

JOSEFA y FERNANDO.

JOSEFA. No sé explicar el motivo
por qué me paso las horas
de pechos en la ventana,
viendo estrellarse las olas
á los pies de este castillo,
que avanza sobre la roca
donde tiene su cimiento.

FERN. (Entra sigilosamente.)
(¡Nadie me ha visto! ¡Está sola!)

JOSEFA. Bien se ve que cuando estaban
estas paredes ruinosas

pudieron ser la guarida
de alguna mala persona.

FERN. (Con temor.) (Le asustará mi presencia.)

JOSEFA. Se está aquí como en la proa
de un gran barco suspendido
sobre la mar mansa y honda.

FERN. (Si grita...)

JOSEFA. Ántes de que hicieran
mis señores esta compra,
aquí se habrán cobijado
piratas... ¡Pero, qué cosas!...
¿Qué me importarán á mí
el castillo, el mar, las olas?...
Es que cuando una está triste
discurre á tontas y á locas.

FERN. ¡Josefa!

JOSEFA. ¿Quién? ¡Usted!

FERN. Calla.

JOSEFA. ¡Su atrevimiento me asombra!
¡Otra vez!

FERN. Vivir no puedo
con esta horrible zozobra:
quiero saber de María;
dime...

JOSEFA. Su salud mejora;
pero si usted vuelve á verla
se aumentarán sus congojas.

FERN. No, no quiero... Os he seguido
porque la duda penosa
de poder causar la muerte
á María, de tal forma
dominó mi pensamiento,
que obré sin voluntad propia

JOSEFA. ¡Pero esto es una locura!

FERN. Desde el valle de Loyola
vengo á estos sitios, tan solo
de la noche entre las sombras.

JOSEFA. Ahora es de dia.

FERN. Te he visto
desde el mar, y mi alma toda
ha ardido en ansia de hablarte
del bien que perdido llora.

JOSEFA. De la quinta nos separa
una galería corta.
María viene á este sitio
todas las mañanas, todas,
porque los aires del mar
la reaniman y la entonan...
No sabe usted cuánto arriesga
con este paso.

FERN. Quien logra
saciar una ambicion noble;
sereno el peligro afronta.

JOSEFA. Aquí el peligro es de todos:
de María que recobra
su salud y es necesario
que se salve á toda costa;
de don Manuel que se siente
ofendido y ya le odia,
aunque no puede ver claras
estas acciones dudosas;
del vizconde que está á punto
de llegar, y bien se nota
que halla un rival en usted
su ceguedad amorosa;
del brigadier que está en casa,
que va siempre con nosotras
y que dice injurias nuevas
cada vez que á usted se nombra;
y de mí, que pude un dia
derrochar por bondadosa,
todo el caudal de cariño
que me ganaron mis obras.

FERN. Me marcho en seguida... ¿Dices
de Manuel?...

JOSEFA. Que se incomoda
pensando en usted y siente
no haberle hallado en la fonda.

FERN. No me atreví á ver á nadie:
á Ricardo, con temblona
mano, le escribí una carta
engañándole en mi contra.
Dige en ella que mis frases
todas eran calumniosas,

que los anillos con fechas
estaban hechos aposta
para confirmar mintiendo
liviandades ilusorias,
que acallara los temores
de su honradez amorosa,
y recobrando las dichas
me dejase las deshonras.

(Josefa le oye con temor y acercándose alguna vez á la segunda puerta de la izquierda.)

JOSEFA Pues esa carta sin duda
le debió sugerir otra
en que dijo á don Manuel
que la union no estaba rota,
sino aplazada, que él iba
á consultar con personas
de Sevilla sobre fechas
de acciones contradictorias,
que le afectaban á él sólo
sin ofender á la novia.

FERM. Y Manuel debe temer
que esas palabras respondan
únicamente al orígen
de Ricardo, que él no ignora,
y no encontrará prudente
renovar en su memoria
los hechos, y sin obstáculos
podrá hacerse al fin la boda!

JOSEFA. Podrá ser: usted no espere
que yo siquiera me oponga;
pues viendo que se moría
esa niña que es mi gloria,
confesé el caso á una sabia
autoridad religiosa;
y me aconsejó que en esto
fuese muda y fuese sorda,
y, aunque ocurra lo que quiera,
tendré sellada la boca.

FERN. ¿Aún siento vacilaciones?
¿Por qué mi conciencia choca
con encontradas corrientes
que la agitan y la azotan,

formando este remolino
de dudas en que se ahoga?

JOSEFA. No: ya no hay vacilaciones:
huya usted.

FERN. Oye, perdona.
Háblame de ella.

JOSEFA. Por ella
le suplico á usted que corra.

MARIA. ¡Josefa! (Dentro y lejos.)

FERN. ¡Su voz!

JOSEFA. ¡Es tarde!

FERN. ¡Ah!

JOSEFA. Le ruego que se esconda.

MARIA. (Dentro, pero más cerca.)
¡Josefa!

JOSEFA. (Señalando á la primera puerta izquierda.)
Esa va á la torre.

FERN. (Saliendo por la puerta indicada.)
Nunca temblé como ahora.

ESCENA II.

JOSEFA y MARÍA.

JOSEFA. (Junto á la segunda puerta de la izquierda por donde sale María.)
Me llamas con tanto afan...

MARIA. (Presentándose.)
Es porque quiero saber
si ha salido el brigadier.

JOSEFA. Se marchó á San Sebastian.

MARIA. Pues ha vuelto.

JOSEFA. ¿Y qué te extraña?...
Si se fué casi de noche.

MARIA. Lejos han dejado el coche
él y otro que le acompaña.

JOSEFA. ¿Otro?

MARIA. Á quien quizás aguardo
entre ansiosa y ofendida.

JOSEFA. ¿Quién es? Te hallo conmovida.

MARIA. ¿Y quién puede ser? Ricardo.

JOSEFA. ¡Jesús!

(Mira instintivamente á la puerta por donde salió Fernando.)

MARIA. ¡Vuelven tus temores!...
¿Vas á empezar á asustarte?...

JOSEFA. No, no... Vamos á otra parte
á esperar á esos señores.

MARIA. Adonde quieras.

ESCENA III.

MARÍA, JOSEFA y PEREZ.

PEREZ. (Por la puerta del foro.) María.

JOSEFA. Ah! Que es usted!

PEREZ. Sí señora:
he supuesto que en tal hora
aquí las encontraría.
Pero falta don Manuel.

MARIA. ¿Pensó usted hallarnos juntos?

PEREZ. Sí; tengo que hablar de asuntos
que han de tratarse con él.

JOSEFA. Pues vamos á verle.

MARIA. (Á Josefa.) Espera.
(Á Perez.) Usted sólo quiere hablar
de que álguien pretende entrar
y aguarda el permiso fuera.

PEREZ. Conque álguien... ¡Vaya si es lista!

MARIA. Le ví á la legua.

JOSEFA. (¡Señor!)

PEREZ. No hay duda de que el amor
aclara mucho la vista.

MARIA. Dígale usted que entre.

PEREZ. ¿Sí?

MARIA. Que sus ofensas olvido
hallándole convencido
de que no las merecí.

ESCENA IV.

MARÍA y JOSEFA.

JOSEFA. Pienso que lo mejor es

ver todos lo que dispone
don Manuel.

MARIA. Si no se opone:
ya le veremos despues.

ESCENA V.

MARÍA, JOSEFA, RICARDO y PEREZ.

RIC. Gracias per este perdon
generoso.

MARIA. Es de alegría,
al notar que todavía
conservo tu estimacion.

RIC. Eso siempre.

MARIA. Yo temí,
al ver mi dicha deshecha,
que abrigabas la sospecha
de que era indigna de tí.

RIC. No: nunca.

PEREZ. Pueden hablar...

MARIA. Ante el mundo entero.

PEREZ. (Indicando que les dejaran solos.)
No.

RIC. (Estrechando la mano de Josefa y como quien recuerda lo pasado.)
¡Qué infamia!

PEREZ. Josefa y yo
contemplaremos el mar.

MARIA. ¿Quién en alejarlos piensa
si envuelve satisfacciones
que oigan las explicaciones
los que escucharon la ofensa?

RIC. Quiere la fatalidad
abrumarme de tal modo,
que mi deber, ante todo,
es ocultar la verdad.
Es cierto que mis oidos
se abrieron por un instante
á una calumnia infamante
que hoy rechazan mis sentidos.
Ella me llegó á oprimir,

con tal astucia tramada,
que ni por disculpa honrada
te la puedo repetir.
No me supliques, por Dios,
que la vuelva á remover,
porque aún pudiera tener
tristezas para los dos.

MARIA. No siento siquiera antojos
de entrever por conjetura,
la nube espesa y oscura
que puso un velo en tus ojos.
Me tiene tan satisfecha
tu vuelta al nido olvidado,
que juzgo al verte á mi lado
toda calumnia deshecha.
Á mí vuelves y en tí fío:
nuestras almas, nuestras vidas,
¿cómo han de estar desunidas
teniendo un sólo albedrío?
Esos rios que á la par
se buscan entre espadañas,
si los separan montañas
corren á unirse en el mar.

PEREZ. Muy bien dicho: así los quiero.

MARIA. (Á Ricardo y refiriéndose á Perez.)
No existe un hombre mejor.

RIC. Ha sido mi protector.

MARIA. Á la vez que mi enfermero.

PEREZ. La vida se ha de pasar
al son que nos hagan ir:
gozando si hay que reir,
sufriendo si hay que llorar.

JOSEFA. Con tal de que esté agotada
aquí la fuente del llanto.

RIC. (Marcando la frase para tranquilizar á Josefa.)
Yo sólo conservo espanto
de aquella horrible emboscada.
Si algun dia el hombre aquel...

MARIA. Sé generoso y olvida.

RIC. Hoy daría media vida
por encontrarme con él.

PEREZ. Yo, que no recibí ultraje,

le he de buscar.

JOSEFA. (¡Y él que escucha!)

PEREZ. Tengo comprada mi hucha:
quiero ahorrar para el viaje.
Aunque si atiendo á rumores
que á confirmar me resisto,
aseguran que le han visto
por estos alrededores.

RIC. ¡Sí!

JOSEFA. ¿Cuándo?

MARIA. ¡No será él!

RIC. No le juzgo tan audaz.

MARIA. ¡Turbar de nuevo mi paz!

JOSEFA. ¿Y lo sabe don Manuel?

PEREZ. Un criado que le conoce
la noticia ayer nos dió,
afirmando que le vió
antes de anoche á las doce.

MARIA. Con agitacion lo escucho,
pues si es verdad su insistencia
está en riesgo la existencia
de álguien que yo quiera mucho.

RIC. ¿Qué? No...

PEREZ. Al Tenorio de ayer
un capitan le dió muerte:
al de hoy le espera otra suerte,
va á matarle un brigadier.

MARIA. Haya olvido, haya perdon:
yo no sé si lo merece,
pero sufre y quien padece
cuenta con mi compasion.

RIC. ¡Si supieras cuántos daños
le debo!

MARIA. En su desventura
hay impulsos de ternura
que apagan los desengaños.
En sus frases hay bondad:
aunque amarga y dolorosa,
nos ha dicho alguna cosa
que ha resultado verdad.

PEREZ. ¡Verdad! ¡Él!

RIC. ¡Nunca! ¡Qué horror!

JOSEFA. Que se explique.
RIC. Habla, María.
MARIA. Yo sólo me refería
al fondo de nuestro amor.
Le tuvimos muy en poco
cuando nos dijo prudente
que nuestro amor no era ardiente,
ni arrebatado, ni loco.
El tiempo luégo ha venido
á demostrar que era cierto,
pues si no, me hubiera muerto
ó te hubiese aborrecido.
Tú has vuelto á tu amante calma,
yo te he sabido esperar,
y has recobrado el lugar
que abandonaste en mi alma.
Tu me estimas, yo te quiero;
pero, á mi vez te lo digo,
este es afecto de amigo,
de hermano, de compañero.
Y no contemplo afligida
este amor, que no me abrasa,
porque este es el que traspasa
los umbrales de otra vida.
RIC. Son mios tus sentimientos;
mi amor al tuyo obedece,
si, cuando hablas, me parece
que escucho mis pensamientos.
PEREZ. ¡Él amante y ella fiel!
¡Él muy alto! ¡Ella más alta!...
Vamos, aquí sólo falta
que hablemos con don Manuel.
MARIA. (Á Perez.)
¿No es cierto que convendría
que fueramos?
PEREZ. (Echando á andar.) Adelante.
MARIA. (Á Ricardo.)
Espérate aquí un instante.
JOSEFA. (Encontrando un pretesto para quedarse.)
Pues yo le haré compañía.
(Sale de escena por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

JOSEFA y RICARDO.

RIC. Celebro quedarme á solas
con usted: lo deseaba
para borrar los temores
que usted me expresó con lágrimas.
¿Qué datos tenía usted
para afirmar?...

JOSEFA. Las palabras
de don Fernando tan sólo.

RIC. ¿Sin otras pruebas?

JOSEFA. Sin nada.

RIC. ¿Segun él dijo, mi padre
llevó la deshonra á casa
de don Manuel, cuya esposa
olvidó la fe jurada?

JOSEFA. Eso dijo.

RIC. ¿Y á sus frases
supo agregar circunstancias
de fechas, que hicieran ver
que María era mi hermana?

JOSEFA. Así fué.

RIC. Pues, si ademas
de que él mismo en una carta
desmintió todos los hechos,
sin que nadie le obligara,
yo he podido convencerme
por escrituras firmadas,
por citaciones, por notas,
de que en la fecha marcada,
mi padre estaba en Sevilla
sin tratar de abandonarla
¿no debo olvidar por siempre
una acusacion tan falsa?

JOSEFA. Estando usted convencido...

RIC. Esta calumnia es muy clara.

JOSEFA. Pero usted seguirá firme
en no descubrir la causa
de aquel arrebato...

RIC. Cierto;
que es mi obligacion callarla.
¿Á qué conmover á nadie
con desventuras pasadas?
¿Á qué renovar tormentas
que se han calmado en mi alma?

JOSEFA. Si don Manuel se enterase
quizás se le trastornara
el juicio: arde en confusiones;
no hay que echar leña en las ascuas.

RIC. Como que no se concibe
que entre caballeros haya
un hombre que por amor
invente tan grande infamia.

JOSEFA. No. ¡Jesús mil veces! Eso
no cabe en cabeza humana.

RIC. Entónces sólo me explico
aquella accion, tan contraria
para mí, por un antiguo
implacable odio de raza.

JOSEFA. ¡Odio de raza!... No entiendo...

RIC. De familia.

JOSEFA. ¿Qué?
(Una ligera pausa.) (¡Se calla.)
La explicacion es oscura.

RIC. Tampoco debo aclararla.

JOSEFA. ¡Don Manuel!

RIC. Con él, á solas
quiero hablar.

JOSEFA. ¿Sí? (¡Que me vaya!)

ESCENA VII.

JOSEFA, RICARDO y MANUEL.

RIC. (Á Manuel.) Yo tengo que disculparme...

MAN. (Dándole la mano.)
Viene usted siempre á su casa.
(Á Josefa.) María la espera.

JOSEFA. (Sintiendo mucho tener que marcharse.)
Ustedes...

MAN. Iremos luégo á buscarla.

JOSEFA. (Andando hácia la puerta segunda de la izquierda.)
(¿Qué va á pasar si el demonio
tira por fin de la manta?)

ESCENA VIII.

RICARDO y MANUEL.

RIC. Cualquier sacrificio haría
para borrar lo ocurrido;
que estoy más arrepentido
ante usted que ante María.
Como ella me ama, dispensa
mi arrebato que la hiere,
pero usted, porque la quiere,
no puede olvidar la ofensa.
MAN. Una sola condicion
pongo para perdonar:
que no evite usted hablar
del fondo de la cuestion.
RIC. ¿Qué pide usted?
MAN. Me parece
que es razonable que pida...
Mi honra en el fondo está herida
y mi honra me pertenece.
RIC. Como su ofensa es reflejo
de otra que yo recibí,
guardándola para mi
no soy de infamias espejo.
El verdadero ofensor
se mueve en tan baja esfera
que, por mas que alzarse quiera,
no puede empañar su honor.
MAN. ¿Pero qué llegó á decir
aquella boca traidora
para que la suya ahora
no lo quiera repetir?
Me agito con el deseo
de averiguar su intencion,
y aunque pierdo la razon,
ni siquiera la entreveo.
RIC. ¿Cómo ver su intencion doble?

Ni rayando en la locura
halla calumnia tan dura
un alma de temple noble.

MAN. Mire usted que mi ansia crece.

RIC. Sólo en mí la furia cabe.

MAN. No comprendo...

RIC. Si usted sabe
que aquel hombre me aborrece.

MAN. ¡Él le aborrece! (¡Qué arcanos!)

RIC. Yo sé que usted no lo ignora:
en duelo y en fatal hora
murió mi padre á sus manos.

MAN. ¡Ah!

RIC. De venganza ardo en sed.

MAN. ¿Quién pudo ese mal decir?

RIC. Quién lo quiso prevenir
anunciándoselo á usted.

MAN. ¡Su administrador! No atino...

RIC. Conociendo su partida,
y pensando que en la vida
no he de verle en mi camino,
halló esta sola manera
de ampararme contra el daño
de cualquier horrible engaño
que de su parte viniera.

MAN. ¿Y usted odia?!...

RIC. Mató ese hombre
al que me besó en la cuna,
al que me dió su fortuna,
al que me legó su nombre...
¡Á mi padre! De este modo
lo expresa todo quien gime:
esa palabra sublime
es la que lo abarca todo.

MAN. Fugitivo el matador
y la fé vuelta á nacer,
solo debe usted tener
frases de paz y de amor.

RIC. Á mí y á mi padre inerte
nos causó mortal herida,
porque yo guarde la vida
no le perdono su muerte.

MAN. Cálmese usted.
RIC. No reposo
hasta encontrarle.
MAN. Esa idea
empaña, enturbia y afea
un corazon tan hermoso.
RIC. ¡Qué! ¿No es un ángel María?
¿Su alma es limpia pura y clara?...
Pues si él á usted le matara
ella le aborrecería.
MAN. Me exalta ver cómo insiste...
Deseche usted cuanto piensa.
Fernando me hizo una ofensa
(Ricardo pretende interrumpirle.)
No se cuál es, pero existe.
Yo juro hallarle, por Dios,
en un tiempo breve ó largo...
Déjelo usted, yo me encargo
de vengarme por los dos.
RIC. Es mayor la ofensa mia,
por mí le quiero buscar.
MAN. (Andando hácia la segunda puerta de la izquierda.)
Yo te sabré sujetar
con los brazos de María.
RIC. Eso no: que ella lo ignore.
MAN. ¡María! (Llamándola y andando.)
RIC. (Siguiéndole.) Que no se inquiete!
MAN. Si quiero que te sujete.
RIC. Le vamos á hacer que llore.

ESCENA IX.

FERNANDO.

Se fueron: voy presuroso...
Pero no: escucho un ruido...
Sí. ¿Qué?... Nada: es el latido
del corazon temeroso.
Mi sangre estuvo en reposo
porque nadie la sintiera,
y en desalada carrera
va con impulso violento

anhelando en un momento
recorrer la vida entera.
Que yo me aleje conviene.
¡Me pudieran descubrir!
Pero me obstino en huir
y este suelo me retiene.
¿Qué imantada atraccion viene
á detener mi partida?
Aun el alma al cuerpo unida
no se quieren separar,
y no me puedo alejar
dejándome aquí la vida.
Hay que hundirse en el olvido!
El armiño huye del lodo.
Debo renunciar á todo
cuanto en el mundo he querido.
Odios mi amor ha encendido
que contra mí se desatan!...
Esos lagos que retratan
á quien los ve con luz pura,
tienen en la noche oscura
emanaciones que matan.
Nada puedo conservar.
(Quitándose los anillos y acercándose á la ventana.)
¡Fechas por mí tan queridas,
quedad para siempre hundidas
en los abismos del mar!
(Hace que los va á arrojar y se arrepiente.)
Os quiero otra vez besar...
y otra y otra... Lloro tanto
porque no tembleis de espanto
al sumergiros tan solas:
la amargura de las olas
es menor que la del llanto.
(Arroja al mar los anillos.)
Un esfuerzo... Vamos fuera...
(Dirigiéndose á la puerta del foro.)
Por ellos hay que ser fuerte...
Por mí prefiero la muerte
á la vida que me espera.
Toda dicha en mí es quimera.
(Mirando hácia la segunda puerta.)

¡Allí el cariño!
(Llevándose la mano al corazon.)
¡Aquí el hielo!
(Ya junto al foro.)
Con mi angustia, con mi duelo,
debió pasar otro umbral
el soberbio ángel del mal
que perdió por siempre el cielo.

ESCENA X.

FERNANDO y MANUEL.

MAN. (Desde fuera por el foro y en el mismo tono que cuando se retiró de escena.)
¡María!
FERN. (Aterrado.) ¡Manuel!
MAN. (Ya en escena y asiéndole.) ¡Fernando!
¿Pero quién te trajo, quién?
Iba yo buscando el bien
y el mal me estaba esperando.
FERN. Me trajeron la amistad,
el cariño y el amor.
MAN. No; que fueron tu rencor,
tu envidia y tu ceguedad.
FERN. Desecha el criterio estrecho
de que afectos tan leales
se han de volver criminales
cuando arraiguen en mi pecho.
MAN. No es momento de indagar
si fué la causa ésta ó esa:
ya estás aquí, no me pesa,
yo te pensaba buscar.
Quise ver forma cumplida
de templar unos rencores.
para impedir los horrores
de una lucha parricida;
y la he hallado: es un hecho:
soy ofensor que no cede:
te insulto y ya nadie puede
disputarme mi derecho.

FERN. Mi conciencia me impelía
y arrastrarme la he dejado:
está mi objeto logrado;
ya sé que vive María.
Ahora sigo mi destino
sin volver la vista atrás:
á quien no has de ver jamás
no le cierres el camino.

MAN. ¿La conciencia, que tus labios
están invocando, aleves,
no te dice que me debes
satisfacciones de agravios?
Mi cariñosa amistad
te dió bondadoso abrigo
y tú, en cambio, hasta conmigo
ensañaste tu maldad.

FERN. ¿Qué es lo que hablas?

MAN. Ni entrever
pude tus hechos villanos,
pero te tengo en mis manos
y lo voy todo á saber.

FERN. Cálmate, Manuel, y piensa,
porque no ves de aturdido;
aunque yo te haya ofendido
no he de confesar la ofensa.

MAN. Confirmas que existe.

FERN. No:
afirmo que de existir
la pudiera repetir
todo el mundo ménos yo.

MAN. Quiero el secreto arrancarte.

FERN. Pues no lo conseguirás.

MAN. No ofendí á nadie jamás
y á tí he resuelto matarte.

FERN. Puedes saciar el furor
de tu corazon altivo,
pero quien se calla vivo,
muerto callará mejor.

MAN. ¡Ah!

FERN. No es esto contener
tu brazo animoso y fuerte:
ya puedes darme la muerte,

no me quiero defender.

MAN. ¡Si será horrible la ofensa
que en tu ceguedad denuncias
cuando te ultrajo y renuncias
el derecho de defensa!

FERN. No halles en esto maldad:
tú eres dichoso en vivir,
mientras que yo con morir
logro una felicidad.

MAN. Elije armas. (Señalando la panoplia.)

FERN. No, no elijo.

MAN. En tu revuelta conciencia
sobrenada la evidencia
de que Ricardo es tu hijo.

FERN. No recuerdes...

MAN. Y en la mia
tu temible intimidad,
los recuerdos de otra edad,
las ternuras con María,
tu arrepentimiento tardo,
la oposicion á este enlace,
tu conciencia que renace,
el silencio de Ricardo...
una cosa de otra en pos
esclareciendo mi idea,
me están gritando que crea
que son tus hijos los dos.

FERN. No, no.

MAN. Mi corazon arde
entre la duda y la saña.

FERN. Pues tu corazon te engaña.

ESCENA XI.

FERNANDO, MANUEL y JOSEFA, por la segunda puerta de la izquierda.

JOSEFA. (¡Juntos! ¡He llegado tarde!)

MAN. ¡Que nadie entre!

JOSEFA. (¡Horrible encuentro!)

FERN. ¡Que te ofuscas! ¡Que no aciertas!

MAN. (Dirigiéndose á la puerta por donde Josefa ha aparecido y se ha retirado.)
Quiero cerrarte las puertas.

ESCENA XII.

FERNANDO, MANUEL y RICARDO.

RIC. (Entrando por la puerta del foro y cerrándola.)
Será cuando yo esté dentro.
FERN. ¡Ah!
MAN. Déjanos á los dos.
RIC. No.
MAN. ¿Quién te trajo?
RIC. Adivino
que al acaso ó el destino,
ó la justicia de Dios.
MAN. De mi injuria sangre mana.
RIC. En mi agravio hay más tormentos.
FERN. (¡Si son mis remordimientos
que han tomado forma humana!)
RIC. El más sagrado cariño
me arrebató en lucha fiera,
y yo, sin saber quien era,
le aborrezco desde niño.
MAN. Déjame que yo demande
reparacion...
RIC. Soy primero:
mi agravio es más verdadero
y más antiguo y más grande.
MAN. Por María contenerte
debes.
RIC. No, si ya no cabe,
si ya de mis labios sabe
quien dió á mi padre la muerte.
FERN. ¡Qué horror!
MAN. Lucharás conmigo.
FERN. No: con ninguno, Manuel.
RIC. Ó déjeme usted con él,
ó sírvanos de testigo.
FERN. (Ap. á Manuel mientras Ricardo se separa de ellos

para coger dos espadas de una panoplia.)
(¡Ah! ¡Por piedad!)

MAN. (Tambien ap.) (¡Te anonada
ver que el fruto de tu amor
se convierte en vengador
de la víctima ultrajada?!)

RIC. Aquí hay armas: que no trate
de escarnercer mi orfandad.

FERN. (Á Manuel.) Mátame tú por piedad:
no consientas que él me mate.

MAN. (Á Ricardo.) Contén la indignacion esa
que todo límite pasa.

FERN. Teniéndome tú en tu casa
á nadie cedas la presa.

RIC. Es ocioso disentir:
si elige entre nuestras furias,
yo le haré tales injurias
que me tendrá que elegir.

FERN. Por compasion, por merced,
por todo lo que más quiera,
cállese usted: no hay manera
de que yo le mate á usted.

RIC. ¿Y por qué?

FERN. Porque me aflijo
pensando que maté en duelo
al padre.

RIC. Vengarle anhelo.

FERN. Y yo respetar al hijo.

RIC. ¡Miserable!

FERN. ¡Ah!

MAN. No.

RIC. ¿Qué quieres?
¿Tus manos están reacias?
(Le da una bofetada.)

FERN. ¡Oh! ¿Qué has hecho? ¡Tú! Da gracias
á ser hijo de quien eres.

RIC. ¡Aún no!

FERN. ¡Horrible laberinto
de ideas!

MAN. ¡Quién lo diría!

FERN. Esa mano, que es la mia,
revuelve mi mal instinto.

Mis pasiones apagadas
renacen con ánsia ardiente:
necesito un hombre enfrente
para cruzar dos espadas.
(Coge una de las que tiene Ricardo en la mano.)

RIC. Yo.

FERN. No.

MAN. Yo.

(Forcejea con Ricardo y le quita la otra espada.)

FERN. Pues quieres, sea.

RIC. Estoy yo aquí.

FERN. Eso, jamás.
No tardes. (Á Manuel.)

MAN. No: que ya estás
como mi honra te desea.
(En el momento de cruzar las espadas, se oye fuera la voz de María que llama, dando golpes en la puerta.)

ESCENA XIII.

FERNANDO, MANUEL, RICARDO y MARÍA, primero fuera y luégo dentro de escena.

MARIA. ¡Padre, padre, vengo muerta,
padre!

MAN. Insiste pertinaz.

MARIA. ¡Padre!!

FERN. Es un ángel de paz
que está llamando á tu puerta.
(Fernando va á abrir.)

MAN. No abras.

RIC. ¿Qué haré?

MAN. Vé que aguardo.
(Fernando abre la puerta del foro, y María con la mayor rapidez posible entra en escena, se coloca delante de Manuel y dice á Fernando.)

MARIA. No, su pecho no taladre:
no me deje usted sin padre
como ha dejado á Ricardo.

FERN. (Dejando caer al suelo su espada.)

(Con el mundo en guerra estoy:
todos me ven con espanto:
detrás de mí corre el llanto,
nada tengo, nadie soy.
Al mar la calma le pido:
él de amargura está lleno,
y me acogerá en su seno,
y me cubrirá de olvido.)

MARIA. Que huya.

MAN. Seguiré sus huellas.

MARIA. ¡Por Dios!

FERN. (Allí están mis glorias;
el mar guarda mis memorias,
quiero juntarme con ellas.)
(Sube á la ventana.)

RIC. ¡Ah!

MAN. Fernando.

MARIA. Yo le llamo.

FERN. Adios.

MARIA. No.

FERN. Voy á cumplir
mi deber: voy á morir
porque os quiero, porque os amo.
(Mirando al mar.)
Abre tu seno y jamás
me rechaces de tu fondo:
que tanto abismo tan hondo
encierre un abismo más.
(Se aroja.)

MARIA. ¡Ay!

RIC. ¡Qué horror!

MARIA. ¡Qué agitacion!

RIC. (Asomándose á la ventana.)
¡Y el mar se ha quedado en calma!

MAN. Pero hay olas en el alma.

RIC. Y olas en el corazon.

MARIA. Sosténgame usted.

MAN. (Con indiferencia.) María.

MARIA. Sí: que de angustia me muero.

MAN. ¡Ah!

MARIA. ¿No me ama ya?

MAN. (Abrazándola.) Te quiero:

te quiero siempre. ¡Hija mia!

MARIA. Ricardo.

RIC. ¿Qué?

MARIA. ¿No es verdad
que esa sombra vacilante
ha de estar siempre delante
de nuestra felicidad?

RIC. Sí, sí.

MAN. ¡Altos juicios de Dios!

MARIA. Pues juntemos nuestras manos
como amigos.

RIC. Como hermanos.

MAN. (Uniéndolos con un abrazo.)
Sereis mis hijos los dos.

FIN DEL DRAMA.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería
		La cadena rota.....	3	D.ª F.ª Saez de Melgar..	Todo.
6	2	La justicia del acaso—d. o. v.	3	D. Emilio Ferrari.....	»
5	2	La superficie del mar—d. o. v..	3	Juan J. Herranz.....	»
0	4	La vuelta de Orán.....	3	Jesús Lopez Gomez..	»
8	7	Las tres jaquecas—c. a. p....	3	M. Pina Dominguez..	»
		Le Bebé.....	3	Najac et Hennequin..	»
5	3	Un alma de hielo—c. o. v....	3	Valentin Gomez.....	»
		Los polvos de la madre Celestina.....	4	Tomás Breton.....	Música.

ZARZUELAS.

4	3	Armas al hombro.....	1	Sres. Pina Dominguez y Rubio.....	L. y M.
»	»	Bocetos madrileños.....	1	D. J. Muñoz Lucena....	M.
»	»	Bou-Amema.....	1	Tomás Gomez.....	M.
3	1	Cantar á tiempo.....	1	Isidoro Hernandez...	M.
		Contaduría.....	1	E. Sanchez Castilla..	½L.
		Dos siglos en una hora.....	1	Sres. Maestre y Arnedo..	L. y M.
4	2	El Conjuro.....	1	D. Adelardo L. Ayala...	L.
»	»	El cometa.....	1	J. Muñoz Lucena....	M.
7	4	El sistema decimal.....	1	Sres. P. Sanz. de Castro y Gomez.....	L. y M.
2	1	El Tasso, *ópera*.....	1	Aguilera y Pedrell..	L. y M.
		En el viaducto.....	1	D. Luis Coc t.....	L.
6	4	La Patti y Nicolini.....	1	Sres. Cuesta, Criado y Cansino.....	L. y M.
3	1	La serenata, *opereta*.	1	Estremera y Chapí...	L. y M.
1	»	Miss Zæo, *monólogo*.	1	Cuesta y Espino.....	L. y M.
»	»	Sin los dos.....	1	Eguilaz y Gomez....	L. y M.
5	2	Soledad.....	1	Lastra y Hernandez..	L. y M.
2	3	Teatro de Madrid.....	1	Alba y Jimenez Leiva.	L. y M.
»	»	Torear por lo fino.....	1	D. Isidoro Hernandez...	M.
1	2	Trabajar con fruto.....	1	José Olier.....	L.
1	2	Una onza.....	1	Ángel Rubio.....	M.
5	1	Viva el Puerto.....	1	Sres. Eguilaz y Hernand.	L. y M
		El señor de Cascarrabias.....	2	Cristobal Oudrid....	M.
5	2	El agente de matrimonios....	3	Adelardo L. Ayala...	L.
12	5	El conde de Castralla.....	3	Adelardo L. Ayala...	L.
7	2	El esclavo.....	3	Allú y Cepeda.....	M.
9	7	Los Mosqueteros grises.....	3	Serrat, Casademunt y Mr. Varney.....	L. y M.
6	2	Lucrecia.....	3	D. Ildefonso Valdivia...	L.
4	1	Mitridates, *ópera*.,.....	3	Sres. Capdepon y Serrano	L. y M.
»	»	Simon Bocanegra, *ópera*.....	3	A. G. Gutierrez.....	L.

OBRAS LITERARIAS.

AUTORES DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS.—Edicion de lujo.—Han salido los doce primeros cuadernos.—Precio 12 reales en Madrid.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía*, y de *Rosado*, Puerta del Sol; de *Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.